



*Jonaira  
Campagnuolo*

*Un beso  
en Navidad*

**UN BESO EN NAVIDAD**  
*Jonaira Campagnuolo*

**UN BESO EN NAVIDAD**

Copyright © 2019 Jonaira Campagnuolo

Primera Edición Diciembre de 2019

SC: 1912102656315

© Diseño de portada e interior: Jonaira Campagnuolo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

## ÍNDICE

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[¿Te gustó?](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

*“No hay pesar que pueda enmendar ni una sola de las oportunidades que desaprovechamos en la vida”.*

*Cuentos de Navidad – Charles Dickens*

## Capítulo 1.

Era lunes y el reloj se había aliado con sus enemigos. El paso de las 6:55pm a las 7:00pm parecía durar una eternidad. Los minutos se hacían largos, como las líneas que Jessie trazaba en el papel. Debió aprovechar aquel tiempo en la oficina para realizar algún bosquejo de los trabajos que tenía pendientes en la revista, pero se sentía tan saturada, que solo le salían líneas torcidas y ninguna quería enlazarse con sus hermanas para comenzar a esbozar alguna imagen. Todas preferían mantenerse alejadas, como ella.

Cuando al fin sonó la alarma, sus compañeros se levantaron de las sillas y empezaron a recoger sus pertenencias para regresar a sus casas. Aquella hora era un infierno en la estación del Metro, si te apresurabas, tenías más posibilidades de superar la marejada de personas que usaban el servicio y llegar a tu estación. Jessie ya había hecho una pila con los documentos que se llevaría logrando salir de primera. Había perdido más de una hora en el trabajo pensando en nada, simulando trazar diseños en hojas que luego se acumulaban hechas una bola en el cesto de basura, ya que le era difícil concentrarse. Por esa razón se llevaba el material a casa, dispuesta a realizar algún avance y no estar con las manos vacías al día siguiente cuando su jefe pasara por su cubículo a evaluar su desempeño. Al final de esa semana debía entregar los diseños terminados.

Salió del edificio sin despedirse, escurriéndose entre el gentío con la cabeza gacha y oculta bajo la capucha de su abrigo rojo, para que su compañera de la recepción no la divisara y quisiera viajar con ella narrándole por todo el camino sus interminables conflictos de cama con su novio de turno. Jessie tenía sus propios problemas en qué pensar.

La nula dedicación que tenía esa tarde con sus responsabilidades se debía a las incesantes llamadas de su madre, y los e-mail de su padre, exigiéndole que tomara una decisión para antes del fin de semana. La pareja había decidido separarse una semana atrás, luego de vivir durante años una vida de discusiones, abandonos y mentiras.

Su madre se había ido a Maryland a vivir con su hermana y su padre a Rhode Island, a experimentar la vida de playa con su amante y los hijos pequeños de esta, en las costas de Narragansett. Ambos deseaban que ella pasara las Navidades con ellos. Su madre pretendía convencerla asegurándole que la necesitaba, pues su dolor por la pérdida de su matrimonio era difícil de soportar, y su padre deseaba que su hija conociera a su nueva familia y la recibiera como suya, eso lo ayudaría a superar el cambio y a no sentirse tan culpable, pero ella no quería estar con ninguno.

Aquella sería su primera Navidad en soledad, pues hasta Marie, su hermana menor, decidió escapar con su novio luego de la separación de sus padres, abandonando sus estudios universitarios para retar a la suerte en California, al otro lado del país, sin responder a las constantes llamadas o los mensajes que le enviaban.

Jessie hubiera querido haber sido como Marie, desprendida e indiferente, capaz de cortar toda vía de comunicación con sus seres queridos e ignorar lo ocurrido haciéndose la desentendida, para que no le exigieran nada; pero no tenía corazón para actuar de esa forma. Por eso la situación le afectaba tanto. Sus padres sufrían y buscaban en ella consuelo, pero a ella nadie la consolaba; y el hecho de que faltara una semana para Navidad empeoraba su situación.

Su mundo se había roto, sus tradiciones y costumbres tomaron la dirección contraria de manera muy repentina. Una semana atrás planificaba los regalos que debía comprar para la noche buena y la manera en que sorprendería a su familia con una nueva receta de postre, pues desde hacía varios años le correspondía encargarse de él, y de pronto, ya no tenía padres juntos, su hermana había desaparecido y su casa de la infancia estaba en venta. Ahora debía elegir entre Maryland y Narragansett, o ir a California en busca de la imprudente de Marie.

Esa noche eligió llegar cuanto antes a su departamento, quitarse las cinco capas de abrigos que llevaba encima y darse un baño con agua caliente. Luego se tumbaría en la cama a dormir, con el teléfono y su tableta desconectados, para olvidarse de todo. Y de todos.

Llegó a la esquina donde solía tomar el bus que la acercaría a la estación del Metro sintiendo una presión en el pecho y un cansancio general que le hacía doler cada centímetro de su cuerpo. La cartera le pesaba. El teléfono estaba lleno con mensajes enviados por sus padres queriendo saber algo de su hermana y obligándola a buscar una respuesta a su alocao comportamiento, como si ella hubiera sido la que perdió el amor por su pareja, la que engañó y abandonó, o la que tomó la decisión de romper la vida familiar desprendiéndose, incluso, de la casa, sin consultar con alguno de los involucrados.

Tenía ganas de llorar por la frustración y en rencor. De haber tenido la valentía de Marie, les habría cantado sus verdades a sus padres para que aprendieran a resolver solos sus asuntos y escaparía a un lugar solitario, pero ella nunca fue tan irrespetuosa y osada. Creía que era su deber servirle de apoyo a los suyos, sin embargo, le era imposible hacerlo, pues sus emociones estaban débiles. No tenía donde sostenerse para luego sostener a otros.

Mientras esperaba el bus, lanzó una mirada al adorno navideño colocado junto a la parada, que pertenecía a la cafetería ubicada a su espalda. Era una familia de muñecos de nieve: padre, madre y dos niños, fabricados con botellas de plástico desechable. Los muñecos sonreían con dulzura y brillaban por los pequeños focos que tenían dentro. Se veían tan felices, unidos y satisfechos, que por un momento le hicieron recordar a esa familia que hacía tan solo una semana había perdido.

El vacío se le asentó en el estómago aumentándole la rabia. Debían advertir desde la infancia que aquella perfección podía perderse, para no aferrarse tanto a ella. Decían que los niños eran los únicos que sufrían con las separaciones, pero no era cierto, a los hijos adultos también les afectaba. Sobre todo, por el hecho de que por su edad eran obligados a ser el sostén de la pareja que rompía su relación, como si el corazón de ellos fuera de piedra.

Para descargar emociones decidió rebelarse. El muñeco de nieve que hacía las veces de padre sostenía un cartel cuya frase rezaba: «Vive la Navidad de manera sustentable» y, a pesar de que aquella última palabra estaba referida al tema ecológico, para ella parecía una burla. Había cosas en la vida que perdían por completo su soporte e intentar mantenerlas hacía más daño que dejarlas caer. Si ya era imposible sostenerlas, entonces, debería ser sencillo desprenderse y reiniciar, pero no sucedía así. Dolía mucho verla derrumbarse, sin medios que pudieran sustentarla. La Navidad no era excusa para evitar que se desmoronara.

Mentían, y eso le molestó, así que decidió rectificar el mensaje.

Repasó los alrededores sintiéndose aliviada al asegurarse que las pocas personas que se hallaban en la parada no la veían por estar pendientes en la llegada del bus y los que andaban en la calle estaban tan metidos en sus asuntos que si pasaba un OVNI por su lado ni cuenta se daban, así que tomó una hoja de las que había llevado consigo a casa y escribió con rapidez un mensaje: «La familia es una mierda, sobre todo, en Navidad». Buscó un trozo de cinta adhesiva en su

cartera y con rapidez se acercó al muñeco para colocarlo en el cartel.

Sonrió satisfecha al ver desde una distancia de varios pasos su obra. Con eso lanzaría un mensaje contundente a la sociedad, restando un poco el injusto peso que estaban soportando sus hombros tensos.

Enseguida llegó el bus y subió a él, dejando atrás la huella de su travesura.

## Capítulo 2.

Ethan Martin gruñó inconforme, pero igual tuvo que dejar aparcado el auto a varias cuadras de distancia de la cafetería. Nunca podía hallar un lugar cercano, aunque cambiara los horarios. Aquella calle era demasiado concurrida.

Bajó dispuesto a caminar a través del frío glaciador de la noche para llegar a su negocio, esperando que el clima aplacara el fuego interno que le producía su irritación. Theresa, la encargada, no paraba de llamarlo para reportarle pequeñas irregularidades o dudas que se le presentaban durante el día. Era imposible que su cafetería tuviera un minuto de sosiego.

Caminó con premura molesto por tener que poner siempre orden en las últimas horas de trabajo, sin que los empleados supieran como controlar sencillos inconvenientes. Había notado que su sola presencia daba seguridad a Theresa y al resto, como si fuesen niños que no sabían llevar a cabo sus tareas. El culpable de ese comportamiento era su hermano mayor, Gary, que los había malacostumbrado asumiendo él todos los problemas, incluso, los más tontos, como el hecho de saber dónde guardar la mercancía sobrante o como atender con prontitud la queja de un cliente.

Aunque ambos eran los dueños y fundadores de la cafetería Martin's desde hacía tres años, su hermano era quien asistía día y noche al establecimiento, atendiendo hasta el más mínimo detalle, mientras él trataba afuera con proveedores, controlaba la contabilidad y las finanzas y visitaba bancos con la esperanza de conseguir un crédito que le permitiera extender sus servicios.

Pero Gary, por culpa del trabajo incesante, casi pierde su matrimonio. Con la cafetería llegó a familiarizarse hasta con el más insignificante de los pormenores, pero en su casa, por su constante ausencia, comenzó a desconocer a sus hijos, que atravesaban la peor etapa de la adolescencia, y su esposa se estaba convirtiendo en un duro témpano de hielo.

Las alarmas de Gary se encendieron cierto día cuando llegó a casa antes de que todos estuvieran dormidos, porque había pescado un resfriado y le costaba estarse en pie. Allí se enteró que su hija de quince tenía un novio emo, que en ocasiones dormía en la habitación de invitados, y que su hijo de diecisiete había rechazado el cupo en la universidad porque iba a dedicarse a la música y estaba a punto de grabar un disco con su banda. Gary ni siquiera sabía que el chico tocaba la guitarra. Al pedirle explicaciones a su esposa lo que recibió fueron reproches, quejas y reclamos. Luego de eso, la mujer le quitó el habla y hasta le pidió que buscara un sitio donde vivir, porque ella no quería seguir teniendo en casa a un visitante nocturno que lo único que dejaba era ropa sucia apilada en el baño.

Gary se deprimió por unos días, pero enseguida despertó decidido a no perder a su familia. Convenció a Ethan de concederle un mes de licencia a pesar de que ese tiempo incluía el mes de Navidad, el más complejo y exigente del año, solicitud que Ethan rechazó, pero que su hermano igual se tomó haciendo oídos sordos a sus reproches. Ahora Gary se hallaba en algún lugar de Caribe con su esposa e hijos disfrutando del sol mientras él se hallaba en Brooklyn, tratando de sacar adelante el negocio sin ayuda de nadie.

Sus padres habían fallecido años atrás, por culpa de un accidente automovilístico, y su abuela materna, la única que le quedaba con vida, lo atormentaba a todas horas para exigirle un bisnieto, pues ese año no tendría a quien hacerle regalos «cuchis», como ella le decía a los obsequios para

niños.

Por su mente, en ese momento, no pasaba la idea de una paternidad, ni siquiera, el de una relación estable, pero aquello era imposible hacérselo entender a su abuela, que a cada instante lo atormentaba con exigencias porque aseguraba de que «pronto iba a morir». Llevaba casi una década utilizando esa excusa para manipularlo.

Aunque Ethan sabía sortear sus exigencias, le incomodaba la constante insistencia de la mujer, más aún, en ese instante de su vida, en que estaba a punto de enloquecer por culpa de los problemas en la cafetería y del estrés de la época navideña.

Mientras respondía el enésimo mensaje de texto de su abuela asegurándole que iría pronto a visitarla, se apresuró por llegar a su negocio. Al pasar por la parada de bus que se hallaba de paso, casi tropieza con las personas que corrían para subir a uno de los vehículos que recién llegaba, por eso tuvo que guardar el móvil para ocuparse de esquivar a los transeúntes.

Por inercia, lanzó una mirada hacia la decoración navideña que se encontraba frente a su establecimiento y sonrió con orgullo. Se trataba de una familia de muñecos de nieve ecologistas, fabricados con botellas de plástico y con otros materiales desechables, pero obteniendo un acabado artístico al ser pintados por profesionales y resaltados con luces led de bajo costo energético. Había gastado una buena pasta en ellos y es que la alcaldía de su localidad había propiciado un concurso de decoraciones navideñas hechas con materiales reciclables entre los comercios, a cambio de publicidad gratis, para entrar en la onda ecologista que tanto revuelo causaba en la época.

La cafetería necesitaba de toda la publicidad posible y la propuesta brindaba una buena plataforma. El problema era que Ethan no podía controlar el vandalismo que hacía mella en la región, por eso, casi sufrió un microinfarto al ver el papel que habían colocado encima del cartel que sostenía el más grande de los muñecos de nieve: «La familia es una mierda, sobre todo, en Navidad». La sangre se le congeló en las venas no solo por divisar el ofensivo mensaje, sino al descubrir como unas mujeres, que llegaban en ese momento a la parada de bus, observaban en papel con desaprobación. Eso no sería beneficioso para su causa.

Corrió al lugar y saltó por encima del cercado fabricado con el cartón de las cajas de las frutas que compraba para hacer los jugos naturales que ofrecía y así pudo arrancar el terrible mensaje. Quienes se hallaban en la parada de bus, incluyendo a las mujeres ofendidas, lo observaron con rechazo creyendo que era un delincuente que habituaba destruir el ambiente que lo rodeaba, solo por diversión.

Brindó una sonrisa a esas personas y explicó a los más cercanos lo que ocurría, pero la gente se alejó de él como si fuera un tipo desquiciado. Eso aumentó su enfado. Hizo una bola con el papel y se lo guardó de mala manera en el bolsillo de su abrigo antes de entrar con la mandíbula apretada a su establecimiento. Pensó en avisar a la policía sobre el hecho, para que estuvieran atentos, pero eso lo haría quedar como un idiota. Además de que no atenderían su queja, tildándola de una trastada infantil, pues ellos tenían asuntos más serios que resolver.

En medio de un suspiro de agotamiento entró a la cafetería mientras el móvil le repicaba dentro de su abrigo, notificándole de la llegada de decenas de mensajes, seguramente de su abuela, y Theresa se le lanzaba encima con ojos llorosos para recitarle el mar de conflictos insignificantes que se presentaban en el lugar con los empleados, con los clientes y con los equipos de trabajo.

Aquella sería una temporada navideña muy difícil para Ethan, que, como todas las demás, atravesaría solo, sin más compañía que la de sus pesados pensamientos.



## Capítulo 3.

Jessie salió de su casa la mañana del martes con unas enormes ojeras marcadas en los ojos. Fue poco lo que había dormido la noche anterior. Las angustias y el peso que ahogaba su corazón no la dejaron en paz. Volvía a la revista sin haber logrado ningún adelanto en los trabajos que se había llevado a casa, su irritación por saber que su jefe la retaría al encontrarla con las manos vacías aumentaba su mal humor.

Tuvo que soportar toda la noche las llamadas desesperadas de su madre pidiéndole información sobre Marie, exigiéndole además que fuera hasta Maryland, porque necesitaba de consuelo y compañía. Jessie le insistía en que era imposible que viajara en esas fechas, el trabajo se le atrasaba por los problemas y su jefe no la dejaría marchar hasta no ver terminados sus compromisos, pero la mujer no comprendía. Sosegar su dolor era lo único que le importaba y si para eso debía hacer sentir egoísta a su hija, no le importaba.

Su padre también estuvo en comunicación con ella. La felicidad que embargaba al hombre no compaginaba con sus sentimientos o con los de su madre. En Narragansett él estaba viviendo un idilio con su nuevo amor, conociendo una tierra diferente, más acorde con sus verdaderas inclinaciones. Su padre siempre fue un hombre de mar, pero su madre prefería la tierra. Ella era una mujer de estabildades mientras a él le fascinaban los retos y las aventuras. Jessie no sabía cómo habían podido enamorarse siendo tan dispares y mantener una difícil unión familiar por casi treinta años. En ese tiempo él siempre iba y venía y, aunque su madre sospechaba de amantes, nunca lo expresó para no afectar el sacramento que habían instituido, hasta que no pudo más e hizo erupción de la peor manera.

Ella no podía juzgar a ninguno de los dos. Cada cual tenía sus razones y entre ellos debían solucionar sus problemas, sin incluirla, pretendiendo que actuara como su terapeuta matrimonial. Su madre esperaba que ella convenciera a su padre de abandonar su actitud equivocada y volviera a casa, respetando los votos que se habían prometido hacía muchos años, y su padre ansiaba hacer partícipe a su hija de la felicidad que vivía como si antes no hubiera ocurrido nada, rogándole porque le pidiera a su madre que no siguiera atormentándolo con mensajes llenos de odio y amenaza. Además, ambos esperaban que ella se comunicara con Marie y la hiciera apartarse del mal camino regresando con los suyos. ¿Acaso alguien le había preguntado cómo estaba su día?

Cada uno atravesaba su infierno, sin importarles el de los demás. El nudo que ella tenía en la garganta se hacía cada vez más grueso, cortándole la respiración.

En varias ocasiones se sentó en la mesa de dibujo para intentar realizar algún boceto de los que le pedían en el trabajo. Para el número de enero estaban preparando en la revista un especial centrado en el tema ecológico, aprovechando que aquel era el boom de la temporada, teniendo la responsabilidad de diseñar varias infografías referidas a contenidos específicos, como la promoción del ciclismo urbano que varias empresas turísticas llevaban a cabo, el crecimiento del mercado de ropa ecológica y un top de empresas que hacían buen uso de la energía eléctrica.

Desde hacía varios días Jessie había investigado todo lo necesario para realizar aquella labor. Sintetizó la información, consiguiendo los datos de mayor interés, ahora solo tendría que llevar a cabo su talento como dibujante y elaborar un diseño atractivo que permitiera explicar lo

averiguado de una forma amena. No era la primera vez que hacía tal cosa, pero en ese momento de su vida su cerebro no podía ser creativo. Las preocupaciones la agobiaban, así como el cansancio y la falta de sueño.

Atravesó Brooklyn en Metro estando medio dormida, luego tomó el bus que la acercaría a su sitio de trabajo andando con inercia. Había recorrido tantas veces ese mismo camino que a su cuerpo le fue fácil seguirlo mientras su mente divagaba en tiempos pasados, cuando sus días eran tranquilos y estaban libres de problemas. Un tiempo en que su familia hacía el intento por mantenerse unida a pesar de las diferencias, concediéndole la calma suficiente para que ella llevara adelante su carrera universitaria y sus primeros años de trabajo, hasta que tuvo la posibilidad de independizarse y tratar de llevar una existencia propia. Anhelaba aquellas horas de paz, que habitualmente se vivían en épocas diferentes a la Navidad.

Aquella temporada nunca fue de sus favoritas porque siempre fueron días de mucha presión. El ajetreo de las fiestas obligaba a su madre a gastar demás y a exigir más de ellos para cumplir con sus «costumbres navideñas», que incluían compras constantes, renovación del hogar, visitas a familiares y amigos y preparación de cenas con invitados variados. Su madre tomaba muy en serio la idea del «acercamiento» en esas fechas, creando mucha tensión en el pequeño grupo familiar. Eso empujaba a su padre a desaparecer por más tiempo de casa, desconectando todos los medios de comunicación, haciendo enfurecer a su madre, que solía descargar sus frustraciones con sus dos hijas. La menor se las arreglaba para escapar escondiéndose en la casa de alguna amiga. Jessie, en cambio, se quedaba soportando las verdes y las maduras.

Estaba tan cansada de esa situación que comenzó a sentirse deprimida. Luego de su independencia tuvo muchos amigos y algunos novios, pero siempre prefirió la soledad. Jamás halló a alguien con quien sintiera la necesidad de pasar sus días, por eso, no tenía maneras de huir de las exigencias de su familia. Marie se armó de valor y escapó con su novio, sin importarle nada ni nadie. Ella no podía hacerlo porque perdería su empleo, mataría de una angustia a su madre y de tristeza a su padre. Además, ¿a dónde iría? ¿Con quién?

Estaba demasiado cansada como para ir a otro sitio que no fuera su trabajo.

Brooklyn era su sitio seguro, su barco en medio de la marea. Otro escenario la llenaría de inestabilidades y temores, y no creía que pudiera manejar esa situación en ese momento. No era tan arriesgada, pero le era imposible sentir en lo más profundo de su interior ese pequeño fuego rebelde que trataba de encenderse. Un ardor que en ocasiones le llenaba la cabeza de cosas sin sentido, que ella aplacaba con rutina. Un calor que por instantes le recorría las venas, llevándola a cometer pequeñas imprudencias para descargar tensiones.

Fue eso lo que la motivo en plena madrugada a tomar las hojas en las que no podía realizar sus bocetos y armó con ellas unos gorros puntiagudos. Los pintó de colores sin ningún tipo de orden y les pegó unas grandes orejas de burro que creó con unas cartulinas. Llevaba consigo sus infantiles creaciones como si fueran un obsequio muy valioso que había preparado para un ser querido. Su sonrisa pícara la retomó al bajar del bus, sentándose unos minutos en una banca mientras el resto de los usuarios desaparecía por las blancas calles para llegar a sus trabajos.

Al quedar sola, se levantó escuchando a su corazón palpar con energía. Desde hacía mucho tiempo no se sentía tan viva, entendiendo que la venganza era una emoción poderosa y más relajante que un fin de semana de spa o una fuerte terapia en un psiquiátrico.

Lanzó una mirada a la cafetería ubicada junto a la parada, viendo que nadie miraba hacia el exterior. Los empleados atendían las mesas y los clientes estaban atentos a sus conversaciones, al diario o a sus teléfonos móviles, así que se acercó a la familia de muñecos de nieve que adornaba

la entrada y le colocó a cada uno un capirote de papel. Luego pegó un mensaje en el cartel que portaba el muñeco más grande, tapando el de «Vive la Navidad de manera sustentable» por otro que rezaba: «La familia es un castigo. Libérate».

Como si fuera una chiquilla que tocaba el timbre de una casa desconocida, corrió muerta de la risa, descubriendo que ahora sus hombros pesaban un par de kilos menos y que el vacío que se engrandecía en su corazón se llenaba con emociones novedosas.

Sin borrarse la sonrisa del rostro se fue a su trabajo, de mejor ánimo para afrontar los regañones de su jefe. Aquel sería un día muy largo y esa actitud renovada la ayudaría a soportarlo.

## Capítulo 4.

Ethan dejó el auto a cuatro cuadras de distancia de la cafetería y bajó refunfuñando maldiciones. Cargaba tres bolsas inmensas que contenían vasos descartables, donde servían el café para llevar, así como dos pesados rollos de papel film con el que cubrían los productos que guardaban en el refrigerador. Como todos los días, no consiguió lugar para estacionar más cerca.

Sostuvo con fuerza su carga y camino con la mandíbula tensa. Minutos antes había tenido una discusión con su proveedor de café en granos, ya que por las fechas navideñas suspendían los envíos a su zona. Estaban abarrotados con otras de más rentabilidad. Odiaba a la gente irresponsable, había hecho negocio con aquellas personas pensando que serían comprometidos, pero le habían fallado a los pocos meses de haber cerrado un trato.

Ahora tendría que buscar a otro distribuidor que trabajara con la misma marca, porque ofrecer un cambio en ese momento sería contraproducente, los clientes se estaban familiarizando con su producto. Llamó a Gary para solicitar su opinión, ya que Theresa le había comentado que él había hablado en una ocasión con otros proveedores que acudieron a la cafetería a ofrecer sus servicios, pero su hermano no respondía. Con seguridad había cortado los medios de comunicación con él para que a Ethan no se le ocurriera presionarlo con reclamos que lo obligaran regresar, así que, tendría que tomar él solo una decisión. Sin embargo, por alguna razón se sentía inseguro.

Además, el trabajo en la cafetería se estaba volviendo agotador. Theresa parecía incapaz de resolver ciertos detalles menores a pesar de que él se afanaba en enseñarle, pero lo más grave, era no llevara control del material que se utilizaba, presentándose inconvenientes de última hora que lo desquiciaban. Anoche, minutos antes de cerrar, tuvieron que cancelar varios pedidos por haberse agotado los vasos descartables. Entre las funciones que debía llevar a cabo la chica estaba el atender ese tipo de asuntos, pero ella no lo hacía porque Gary se ocupaba de eso. Por ese motivo él tuvo que quedarse hasta tarde realizando un inventario de los productos de mayor uso, para que no volviera a ocurrirle una situación similar, y esa mañana debía dedicarla a entrenar a Theresa, explicándole a la mujer cómo debía realizar su trabajo, pues él no podía estar día y noche pendiente de esos pormenores.

Él sería quien realizaría las compras, pero ella debía encargarse del inventario.

Le parecía insólito que su hermano, en tres años, no hubiera capacitado al personal para esos menesteres. Por ese descuido, ahora él no podía ocuparse de otros asuntos por atender situaciones que le correspondían al encargado que habían contratado.

Su intención de esa mañana había sido entrevistarse con el promotor de una empresa que apoyaba pequeños emprendimientos culinarios, solicitándole un crédito para la adquisición de un par de motos de reparto. Ofrecían ese servicio enviando café, donas, bagels y pasteles a negocios cercanos, con un repartidor que iba a pie o en bicicleta propia, pero ya tenía a varios clientes interesados en un servicio de catering más completo, sobre todo para las fiestas de Navidad. Con las motos ampliarían el servicio, llevando sus productos a las zonas donde se hallaban la mayor cantidad de oficinas y tiendas de comercio y brindarían facilidades para pedidos más numerosos. La gente por una taza de buen café y un aperitivo delicioso pagaban lo que fuera.

Sin embargo, tuvo que suspender esa reunión por hacer lo que su hermano debió realizar en

tres años. Eso lo tenía de muy mal humor.

Para aumentar sus ansiedades, su abuela no paraba de llamarlo. Lo invitaba a pasar las Navidades con ella y con sus tíos en Nueva Jersey, pues una de sus primas había invitado a una amiga soltera que ella consideraba ideal para que tuviera pronto bisnietos, pero él no podía dejar Brooklyn en esa temporada, para eso tendría que cerrar la cafetería por una semana y aquello no sería buena idea. En Navidad se movían más las ventas, la gente salía más a la calle para hacer compras navideñas y trabajaban más tiempo para cumplir con sus compromisos sin poder preparar nada en casa para comer. Ir a una cafetería por el desayuno o por una merienda era común y él no podía desaprovechar esa oportunidad porque eso lo ayudaría a reunir dinero para pagar deudas y para ampliar su negocio.

Caminó con premura haciendo malabares para no dejar caer algo de su carga, viendo como un par de chicos se acercaban a él a gran velocidad montados encima de patinetas. A pesar de hacerse a un lado, no pudo evitar tropezar con uno de ellos. Una de las bolsas cayó al suelo desparramando su contenido en la acera.

Maldijo por lo bajo y fue en busca de su mercancía. Para poder recogerla tuvo que dejar el resto en el suelo mientras la gente pasaba por su lado quejándose por su imprudencia. Al lograr tenerlo todo de nuevo entre sus brazos, avanzó más enfadado que hacía minutos. Ya recordaba por qué no quería tener hijos. A sus treinta y un años no se sentía preparado para lidiar con mocosos impertinentes.

No estaba listo para ser padre, ni siquiera, por complacer a su abuela. Entendía que la paternidad exigía tiempo y dedicación y él no deseaba consagrarse a esa tarea en ese momento. A su edad, aún no se sentía satisfecho con lo que había logrado. Tenía su propia casa y su auto y era dueño de un negocio rentable, pero quería crecer mucho más, viajar y vivir otras experiencias. Los hijos ameritaban de una estabilidad que no podía entregar en ese instante, pudo aprender esa lección de su hermano.

Se sintió aliviado al divisar la parada de bus que predecía a su establecimiento. Quedaban pocos metros para llegar y quitarse de encima esa pesada carga. Además, la cafetería ya debía estar abierta y llena de gente, los cafés para llevar a esa hora eran los más solicitados. Si no se apresuraba, seguiría perdiendo ventas.

Apenas cruzó la parada se dirigió sin detenerse a la entrada. Sin embargo, una visión lo paralizó, como si de pronto hubiera chocado contra una pared de concreto. La familia de muñecos de nieve que adornaban la entrada de nuevo había sido agraviada.

Gruñó, furioso, y llamó a los gritos a uno de los empleados que tomaba el pedido de una pareja ubicada en la mesa junto a la entrada. El chico corrió hasta él recibiendo el cargamento que Ethan llevaba encima, y con el que tuvo que avanzar a ciegas, ya que le impedía mirar con claridad el camino para llevarlo al interior del establecimiento.

Hecho una caldera ardiente por la cólera, Ethan entró dentro de los límites de la decoración para quitar con enfado los infantiles capirotos de burro que tenían puestos los muñecos y arrancar el ofensivo cartel. «La familia es un castigo. Libérate», gruñó de nuevo al leer la nota. Quizás la persona que lo hacía tuviera algo de razón, pero el hecho de atreverse a destrozar su trabajo lo transformaba en un desquiciado con serios problemas mentales.

Se pasó una mano por los cabellos con cansancio mientras evaluaba los muñecos y se aseguraba de que no hubiera otra cosa fuera de lugar. Pronto irían a valorar aquel decorado y no quería que estuviera maltratado. Maldijo al delincuente que cometía aquel crimen mientras salía de allí ante la vista sorprendida, y en algunos burlona, de las personas que pasaban por el lugar.

Hizo una bola con los gorros de papel y repasó con recelo a los transeúntes esperando conseguir al culpable entre ellos. El enfado le había colorado el rostro y puso sus orejas tan calientes como los carbones de una fogata.

## Capítulo 5.

El día de trabajo no pudo ser más pesado para Jessie. El hecho de no haber tenido ningún tipo de avance que presentarle a su jefe le trajo más problemas de los que había supuesto. No solo tuvo que soportar una cantaleta larga e incómoda sobre responsabilidad, sino que además, como castigo, su jefe la llenó de más tareas pidiéndole que editara un sinfín de imágenes que utilizarían para varios artículos de la revista.

Se pasó el día peleando con el programa de edición que parecía haber recibido sus malas vibras, ya que en esa ocasión se le ocurrió funcionar con una lentitud aplastante y, como si tuviera vida propia, hacía cosas que ella no le indicaba atrasándole el cumplimiento del trabajo.

Para el final de la tarde, solo habían podido culminar menos de la mitad de las imágenes que estaban a su cargo, recibiendo nuevamente un regaño de su jefe. Por culpa de ese desliz, él tomó una silla y se ubicó a su lado, para revisar las que había logrado culminar con ojo clínico, como si estuviera realizando una operación a corazón abierto.

Jessie recibió cada crítica como si le estuvieran lanzando ladrillos en la cabeza, su cuerpo estaba curvado en la silla, sus hombros permanecían caídos por el peso de los problemas y la cara la tenía estirada, asumiendo un semblante sombrío y cansado. Al final, el hombre le dejó una serie de recomendaciones para mejorar las imágenes que había terminado. La chica observó con desprecio esa lista, que ocupaba una hoja completa, pero agachó aún más la cabeza con vergüenza cuando su jefe se dirigió a ella recitándole unas últimas advertencias por su falta de compromiso.

Al marcharse, la joven lanzó una ojeada hacia sus compañeros, viendo como ellos evitaban intercambiar miradas con ella por pena. Todos recogían con rapidez sus pertenencias y se marchaban en silencio, como si salieran de un funeral.

Jessie se sintió más deprimida a medida que quedaba sola en aquella sala dividida por cubículos. Algunos de ellos habían sido adornados con detalles navideños, el de ella, estaba lleno de papeles inservibles, tan lúgubre y triste como su corazón.

No le quedó otra opción que hacer un respaldo de todo su trabajo para llevarlo a casa e intentar realizar esa noche un avance en cuanto a las imágenes. Con las infografías, no pudo adelantar absolutamente nada, ni siquiera fue capaz de pensar en algo interesante referido a los temas que le correspondían.

A medida que se dirigía hacia el ascensor, las mujeres de la limpieza terminaban de asear algunos cubículos y apagaban las lámparas. La sala estaba quedando en penumbras, haciendo más tétrico su andar. El material que llevaba en las manos de todos los trabajos que tenía pendiente le pesaba como si fuera una enorme cruz. Por eso, el camino de la oficina a la parada de bus parecía un triste viacrucis, evitando que los cantos navideños que resonaban en el exterior y el reflejo de las luces de colores que brillaban en los negocios y edificios colindantes influyeran en su estado de ánimo, pretendiendo animarla.

Esa noche la recepcionista no la esperó para irse con ella, todos la habían abandonado. Era la última en salir del edificio. Anduvo con los pies arrastras a través de la nieve que esa tarde había caído, sin alzar la mirada del suelo.

Pensó en Marie, su hermana, que ese día había logrado comunicarse con ella a través de un

número de teléfono desconocido informándole que se hallaba bien, pero rogándole que no les diera noticias de su paradero a sus padres, pues quería castigarlos por la embarazosa situación en la que la habían puesto al separarse de forma brusca y poner en venta la casa sin consultar nada con ella, que aún vivía con ellos. Ambos pretendían obligarla a elegir con cuál de los dos quería marcharse, como si fuera una niña. Prefirió responderles con la misma moneda, largándose del lado de ambos a un sitio lejano sin consultarles, dejándolo todo, en busca de su propio camino.

Para aumentar los tormentos de Jessie, Marie le envió por Whatsapp fotos de su nueva estadía en San Diego, California. Las imágenes de la chica en la playa, compartiendo con su novio y con unos amigos de este, eran tan geniales, que le abrió aún más el hoyo que crecía en su interior.

Estaba feliz por la alegría que embargaba a su hermana, sin embargo, eso le recordaba que ella estaba sola, en aquel lugar frío, sirviendo de árbitro en una pelea que no le correspondía.

Llegó a la parada de bus con el desánimo pesándole con más intensidad sobre los hombros y los ojos inundados por lágrimas amargas. No quería vivir esa vida, deseaba desaparecer, difuminarse de esa realidad y materializarse en algún sitio lejano, donde pudiera respirar oxígeno puro que le ayudara a levantar de nuevo sus fortalezas interiores.

Lanzó una mirada a su alrededor tratando de hallar un poco de verde, pero solo lo encontró en las luces artificiales que engalanaban los adornos navideños y en las bufandas que poseían los muñecos de nieve ubicados a su lado.

Los ojos se le entrecerraron mientras detallaba a aquella apestosa familia ficticia. Los muñecos poseían en sus rostros sus típicas sonrisas bondadosas y se mantenían atados entre ellos por una cinta roja que representaba la unión familiar. Se mordió los labios sintiendo un fogonazo de rabia arder en su pecho. Tenía que descargar su ira contra algo, o se calcinaría por completo.

Esperó a que llegara el bus y se llevara a todos las personas que se hallaban en la parada. Prefirió perderlo para poder quitarse de encima el peso que la agobiaba. Caminar las más de diez cuadras que la separaban de la parada del Metro sería buen ejercicio para recuperar de nuevo la tranquilidad.

Al quedar sola, dio miradas precavidas a los alrededores. Cuando se aseguró que nadie la veía, entró en el cercado que contenía a los muñecos y los tumbó a todos al suelo cortando la cinta que los unía. Estaba tan llena de furia que quiso destruir a los más grandes, los que representaban al padre y a la madre, pero un grito de advertencia lanzado desde el interior de la cafetería la obligó a desistir de su venganza y correr como alma que lleva el diablo escapando de allí.

No se detuvo hasta que estuvo a tres cuadras de distancia, luego siguió caminando apresurada, pero con una enorme sonrisa dibujada en sus labios. La descarga de adrenalina que experimentó al realizar aquella infantil travesura, alivió el enorme peso que flagelaba sus emociones.

Respiró hondo mientras avanzaba a la estación del Metro disfrutando de la soledad que aquella ciudad sobrepoblada le otorgaba.

## Capítulo 6.

Ethan se sentó en una mesa al final del área de la cocina luego de un día extenuante. Los conflictos se habían intensificado, impidiéndole que cumpliera con su cometido. Había decidido pasar el día entrenando a Theresa para descargarse del trabajo en la cafetería y ocuparse de temas de mayor interés, como conseguir un proveedor responsable de café en granos.

Fue imposible centrarse en el adiestramiento porque a cada instante lo llamaban para notificarle de problemas que se presentaban con el envío de productos necesarios para el buen funcionamiento de su negocio. No solo había dificultades para hacerle llegar el café, sino también, la leche y el harina con la preparaban los bocadillos y las galletas que ofrecían. Por ese motivo, él debía salir a buscar los productos o de nuevo tendrían que suspender el servicio. Para ponerle más tierra a la montaña de inconvenientes que ese día se le presentaban, el repartidor tuvo que marcharse a su casa en la tarde por presentar malestares estomacales. Ethan debió asumir su ruta, o perdería a los clientes.

Como guinda final del pastel, el promotor de la empresa que apoyaba a pequeños emprendimientos culinarios lo llamaba exigiéndole pronto una reunión. Antes del cierre del año deseaban preparar las fichas de los negocios que optarían por sus créditos y si él quería formar parte de esa oleada, debía entregarle lo antes posible toda la documentación requerida. Ethan estaba al borde, no sabía que atender primero. No podía descuidar a los clientes, ni al negocio, pero tampoco, las oportunidades que se le presentaban para seguir creciendo. Toda esa recarga de preocupaciones lo dejó muy exhausto.

Pensó en descansar unos minutos y tomarse un café antes de levantarse y realizar un rápido inventario de productos para asegurarse de que nada faltara. Todos los días era imprescindible realizar aquella tarea cerca del final de la jornada, pero luego de las cinco, Theresa estaba al borde controlando el trabajo de los empleados en las mesas. A partir de esa hora la cafetería estaba a reventar, así que no podía ocupar a la mujer en ese asunto, era necesario que alguien más lo hiciera.

En medio de un suspiro recordó a Gary. Siempre supuso que su hermano era quien se hacía cargo de las tareas más sencillas del negocio, tocándole a él las más pesadas. Ahora se daba cuenta que ambos llevaban una carga equilibrada sobre sus hombros y que era imprescindible la presencia de ambos para que todo marchara bien. Sintió rabia al recordar que el hombre descansaba con placidez en una playa lejana mientras él se hundía en la nieve de problemas que lo azotaba.

Cuando se sintió con fuerzas para levantarse y seguir en lo suyo, escuchó el grito de uno de los empleados. Alguien atacaba la decoración de la entrada.

Salió apresurado intentando disimular su enfado para no alarmar a los clientes, los necesitaba en la cafetería, consumiendo todo lo que pudieran. Llegó a la entrada y miró con desazón el desastre que habían ocasionado. La rabia le hirvió en las venas, amenazando con hacerlo explotar.

Pidió a Theresa, que había ido tras él, su abrigo, mientras repasaba los alrededores buscando a los culpables. «Fue una mujer menuda, que llevaba con un abrigo rojo», le indicó el empleado testigo del hecho. La información lo dejó estupefacto.

Él imaginó que podía tratarse de una pandilla de chicos descarriados, o de un grupo de hombres recién salidos de una cárcel de máxima seguridad, pero que fuera una mujer menuda lo contrariaba.

Al recibir su abrigo corrió en la dirección en que su empleado le indicó, buscando con impaciencia un abrigo rojo que pudiera culpar. La cólera que le inundaba las venas tenía que descargarla con alguien, era demasiada la frustración que estaba acumulando, necesitaba drenarla de alguna manera.

Por supuesto, no se enzarzaría en una pelea a golpes con la mujer, no era capaz de llegar a ese nivel, pero la llevaría a rastras hasta la estación de policía más cercana. Estaba seguro de que ella era la responsable de los anteriores sucesos ocasionados con su decoración navideña, la que había colocado los carteles y los capirotos de burro.

Corrió un par de cuadras evaluando con enfado a las personas que pasaban por su lado, ninguna llevaba abrigo rojo. Al divisar a alguien con una prenda de ese color, se apresuró por alcanzarla y tomarla con rudeza de un brazo, pero se trató de un hombre joven que enseguida lo golpeó en el pecho con la palma de su mano para empujarlo, creyendo que era un ladrón.

Ethan trastabilló por la agresión y alzó las manos en señal de rendición al darse cuenta que el muchacho no estaba solo, cuatro compañeros más lo acompañaban. Por los morrales que llevaban en el hombro era evidente que venían de estudiar. Los chicos se le enfrentaron, pero él con rapidez explicó la situación asegurando que lo había confundido con una ladrona que había entrado a su negocio.

Los jóvenes quedaron conformes con sus disculpas y siguieron su camino, no sin antes dedicarle miradas llenas de advertencia. Ethan se fijó que no solo ellos lo estaban viendo con desaprobación, otras personas que pasaban por su lado lo observaban como si fuera un loco, incluso, lo esquivaban temiendo que reaccionara de nuevo de forma violenta. Él no pudo evitar sentirse avergonzado.

Respiró hondo y dio media vuelta para regresar a la cafetería. Aquel inconveniente cortó por completo su sed de venganza. La rabia que lo había embargado pronto se transformó en desánimo, se sentía como si hubiera perdido una importante batalla.

Al llegar a la cafetería, entró dentro del cercado de su decoración para repararla. Theresa le había llevado una cinta de tela delgada que utilizaban para embellecer las cestas con bocadoillos que enviaban a sus clientes y unas tijeras, de esa manera pudo unirlos de nuevo.

Estaba cansado, muy cansado, pero aquellos agravios lo que hacían era darle más fuerzas para no rendirse y seguir adelante. No estaba dispuesto a que los inconvenientes lo doblegaran y lo empujaran al fracaso.

Con las energías renovadas entró a su establecimiento para culminar las tareas que tenía pendientes. Ethan Martin no bajaba los brazos ante ninguna adversidad, así le costara lo que le costara.

## Capítulo 7.

La mañana del miércoles no fue mejor para Jessie. A pesar de la fuerte descarga de adrenalina que había vivido la noche anterior por la travesura que realizó, su cuerpo seguía sosteniendo pesadas cargas emocionales que la volvían inestable.

Desde que había regresado del trabajo, el agobio que mantenía su madre a través del teléfono era desquiciante. La chica tuvo que apagar el aparato cuando no soportó los incontables mensajes de texto ni las llamadas. El haberle dicho que Marie estaba bien y se había comunicado con ella por un número telefónico público, pensando que con eso podría aliviar la conciencia de la mujer y estar en paz, al menos, hasta después de las fiestas, fue la peor idea que había tenido en la vida.

Su madre quería más. Deseaba que le facilitaran el número telefónico para con eso conocer la ubicación de su hija menor, expresando su intención de contratar a un detective que la ayudara a encontrarla. Jessie se negó, asegurando que Marie lo único que necesitaba era un poco de espacio para asimilar los bruscos cambios, pero aquello no tranquilizaba a la mujer, quien decidió llamar a su exesposo para atormentarlo con culpas por el mal comportamiento de sus dos hijas. Debido a eso, su padre empezó a comunicarse con ella pidiéndole explicaciones y exigiendo la información que quería su exesposa sobre Marie. Tal fue su insistencia que Jessie decidió bloquearse el resto de la noche apagando el teléfono. Necesitaba tener la cabeza despejada para terminar de editar las fotos que le habían encargado y adelantar un poco las infografías.

Sin embargo, la mente la tenía embotada por una maraña de angustias y desesperaciones que le nublaron los sentidos y le impedían pensar con claridad. Para descargar tensiones, tomó las cajas con los adornos navideños que había sacado la semana anterior, antes de que apareciera la repentina decisión de sus padres de separarse, y destruyó cada uno volviéndolos añicos.

Llena de frustración, responsabilizaba a esas fechas, tan sobrecargadas de tensiones y demandas, por haber terminado de quebrar la débil estabilidad que poseía su familia.

La Navidad era un tiempo de muchas pretensiones, donde esperaban mucho de ti, pero no solo de tu bondad y de tu solidaridad, sino también, pedían una renovación total de tu apariencia y de tu entorno, empujándote a cambiar lo quisieras o no, a desechar algo y adquirir cosas nuevas.

Era además un tiempo de competencia, una carrera furiosa hacia un final utópico. Acaba el año y se debían cerrar las finanzas, así como los proyectos, para trazar nuevas metas adelantando algo de ellas para «descansar» al inicio de la nueva temporada. Te martilleaban tanto esas ideas en la cabeza que las terminabas asumiendo solo por inercia, «porque así debía ser», sin fijarte en lo que perdías en el camino, o cómo lo estabas dejando.

Jessie odiaba la Navidad. Creía que si no hubiera sido por ella, sus padres igual se habrían separado, pero en otros términos, sin tanto dramatismo. Ella podría estar tranquila y lograría cumplir con su trabajo como siempre lo había hecho, pero ahora lo estaba perdiendo todo, por eso, se desquitó con aquellos adornos.

Luego de esa descarga, logró algunos avances en cuanto a las fotografías, aunque no con la calidad que siempre había impreso a su trabajo. De las infografías nada. Se quedó dormida sobre los papeles después de haber pasado la mitad de la madrugada pegada al computador.

Despertó gracias a la alarma de su teléfono, aunque el dolor de cabeza por la falta de sueño y

la sobrecarga emocional le impedía desenvolverse con rapidez para ir a su trabajo. Salió de casa con varios minutos de retraso, vistiéndose en esa ocasión con un abrigo negro, que compaginaba más con lo que sentía su corazón, y llevando consigo las cajas con los adornos destruidos para lanzarlas a la basura.

Al encender su teléfono le llegaron varios mensajes de sus padres, donde la acusaban de egoísta, arrogante, indolente y hasta de «mala persona». Aquello fue el colmo.

No llevó las cajas con la basura hasta los contenedores que estaban cerca de su casa, sino que atravesó Brooklyn con ellas en mano y con una sonrisa perversa en los labios. Tenía muchas ganas de vengarse de la Navidad.

Ninguno de sus padres quería asumir su responsabilidad, no aceptaban sus culpas ni sus obligaciones. Habían tomado malas decisiones desde que ella tenía uso de razón, pero dejaban en otros el trabajo de resolver sus diferencias. No sabían ser felices, sino que se pasaban la vida buscando quien les regalara la felicidad. No sabían cerrar un capítulo en sus vidas, lo que hacían era cortarlo de raíz sin dejar ninguna posibilidad de salvar algo, destruyendo además, las consecuencias que aquello les había traído.

A ellos no les interesaban sus hijas, la salud mental de ellas o la forma en que atravesaban los cambios. Lo único que les importaba era su tranquilidad, no tener problemas que atormentaran su sueño, y si alguno se atrevía a molestarlos, buscaban a alguien que se hiciera cargo, porque ellos no tenían tiempo para eso, estaban muy ocupados esperando que otros los hicieran felices.

Jessie no podía esperar. Tenía que descargarse para luego ocuparse de sus propios asuntos. Le estaba yendo muy mal en el trabajo y, para ser independiente, necesitaba que aquello marchara con buen pie. Por eso debía deshacerse de cada uno de sus inconvenientes y el número uno, era la Navidad. Esa época se estaba volviendo demasiado ácida para su gusto.

Al llegar a la parada de bus que se hallaba cerca de su trabajo, lanzó miradas precavidas a los alrededores esperando la mejor ocasión para invadir de nuevo la decoración de la cafetería. Aquel ornato se había transformado en la materialización de su peor enemigo: la Navidad.

De una patada tumbó una parte del cercado de cartón y descargó las cajas con la basura que había llevado consigo encima de los muñecos de nieve. Colocó la mayor parte sobre los muñecos más grandes, los que representaban a sus padres, tapando sus cabezas con las cajas, y luego se marchó a las carreras, sintiendo un poco de paz por la nueva picardía cometida.

Corrió hasta su trabajo con el alivio palpitando en su pecho, dispuesta a enfrentar otro difícil día.

## Capítulo 8.

Ethan se llegó a la isla que separaba la sala de la cocina de su casa y se sentó en una banqueta. Le dio una última revisada al menú navideño que había preparado toda la noche, consultando con varios amigos chef. Finalmente los proveedores lo obligaron a buscar él mismo la mercancía que necesitaba, pero con otros fabricantes. Por los días navideños se presentaron infinidad de problemas de distribución que exigían un mayor costo para los envíos.

El cambio lo quería resaltar con una renovación del menú para que no afectara el gusto de los clientes y realizar una especie de relanzamiento de su cafetería esas navidades, arriesgándose a perder los que se habían familiarizado con sus productos, pero el tema no resultaba tan sencillo como lo mentaban.

Primero, porque debía organizarse. Ahora tenía que asumir más responsabilidades y si no planificaba bien los horarios no se daría abasto. Ese día tendría que reunirse con el encargado de la cocina para discutir las modificaciones del menú; debía ajustar la información, tanto en el café como en la página web; revisar el inventario para incorporar los nuevos productos y entrenar a Theresa. Si la mujer quería seguir asumiendo su rol de «encargada», debía aprender a resolver los problemas que la cafetería sufría a diario. En caso contrario, él debía bajarla a empleada común y buscar a alguien competente para el puesto. Una decisión difícil, que terminaría dejándolo como el malo de la partida.

Por otro lado, recibía constantes llamadas de algunos clientes que eran dueños o encargados de empresas cercanas, rogándole por el servicio de cáterin para el día de sus fiestas. Confiaban en su trabajo y en esa temporada era difícil hallar a alguien responsable y comprometido. Él no quería fallarles, sin embargo, sabía que si aceptaba el reto se ataría aún más la soga al cuello.

Debía ocuparse de muchas cosas dentro de la cafetería para que todos los proyectos funcionaran con eficiencia, pero no podía quedarse mucho tiempo dentro del negocio, atendiendo tareas que le correspondían a otro, menos ahora, por ser quien buscaba los insumos y apoyaba con las entregas de pedidos.

Su rol estaba en la calle, pendiente de asuntos varios, y con seguridad Gary, su hermano, no iba a asumir al cien por ciento su responsabilidad cuando regresara. Si lograba rescatar su matrimonio y la comunicación en su familia debía ponerse horarios para que no se repitiera la misma situación. Por tanto, si Theresa ese día no funcionaba como el momento lo requería, debía buscar pronto a otra persona.

Al terminar la revisión del menú tomó su abrigo y se marchó de casa. Por el camino se comunicó con el repartidor para saber de su estado de salud. Se irritó al enterarse que el chico se encontraba en un hospital, internado por gastroenteritis. No solo tendría que suplirlo de nuevo ese día haciendo las entregas a domicilio, sino seguramente, por el resto de la semana, o quizás, por lo que quedaba de mes.

Aquello aumentaba sus angustias, si no le daba solución a cada problema, terminaría por enloquecer.

Mientras llegaba a la zona donde estaba ubicada la cafetería recibió la llamada del promotor de la empresa que ofrecía los créditos. De esa tarde no podía pasar que se vieran para la entrega

de los recaudos de la solicitud, o perdería la oportunidad hasta mediados del próximo año.

Con los nervios tensos en su espalda, Ethan estacionó el auto a cinco cuadras de distancia del negocio. Tendría que suspender los envíos de pedidos de esa tarde para poder asistir a la reunión. Jamás se perdonaría fallar en esa meta. Si no lograba ese crédito, se estancaría y terminaría perdiendo la cabeza por culpa de los inconvenientes.

Caminó por las frías calles pensando en su mala suerte. Esa semana le estaba resultando demasiado conflictiva, pero estaba dispuesto a no rendirse. De alguna manera superaría cada uno de los obstáculos que le imponían.

Al sonar su teléfono móvil, lo revisó rogando que fuera Gary. Necesitaba con urgencia a su hermano, si él aparecía en ese momento sería muy feliz, aunque eso supusiera aumentar sus problemas familiares.

La frustración le cayó como un yunque sobre los hombros al descubrir que quien lo llamaba era su abuela. En medio de un resoplido guardó el teléfono ignorando la llamada, no podía responderle ahora. Ella con seguridad le rogaría con lágrimas bajando por sus mejillas que le asegurara que iría por Navidad a Nueva Jersey, para reunirse con ella y conocer a la esposa que le había conseguido y que estaba dispuesta a darle, al menos, diez bisnietos; él no podía enfrentarse a esa situación.

Avanzó con más premura hacia su negocio, deseaba sumergirse cuanto antes en el caos de su trabajo para olvidar sus tontos problemas, pero una visión lo dejó estático y enrojeció su rostro y orejas como si fuera un volcán a punto de hacer erupción.

Su adorada decoración navideña, aquella que participaba en un concurso local y por la que había gastado una buena cantidad de dinero, había sido nuevamente ultrajada.

Parte del cercado estaba derribado y desperdigaron en su interior un montón de basura navideña. Las cabezas de los muñecos de nieve habían sido cubiertas con cajas y a sus pies se hallaban trozos de bolas doradas, pedazos de guirnaldas y figuritas diversas. También podían verse candelabros destrozados, velas partidas y hasta cadenas de luces cortadas en mendrugos. Ethan se mantuvo en shock por casi un minuto, hasta que logró reaccionar mirando con enfado a todo el que pasaba por su lado, en busca de una mujer menuda con abrigo rojo.

Como si fuera un toro embravecido, entró a la cafetería y discutió por un buen rato con Theresa y con los empleados que a esa hora ya estaban en sus puestos. Le parecía inconcebible que ninguno hubiera visto algo.

Con furia salió y comenzó a limpiar la decoración, quitando hasta la más pequeña basura. Durante ese tiempo odió su vida y a la gente que lo rodeaba, sobre todo, a aquellas que se atrevían a destrozar los esfuerzos de los demás, no una, sino varias veces.

Se cansó de ser siempre el que perdía, decidió mantenerse más atento a las cosas que ocurrían a su alrededor. Vigilaría aquella decoración día y noche hasta atrapar al agresor, o la agresora, impidiendo que volviera a salirse con la suya.

Sospechó de los dueños de los negocios cercanos, quienes también habían invertido en decoraciones para competir en el concurso. Tal vez, le habían pagado a alguna delincuente para que fastidiara al resto de sus contrincantes, pero él no se las pondría fácil.

Montaría guardia ese día como fuera y al día siguiente trataría de llegar más temprano así tuviera que sacrificar horas de descanso. No permitiría que volvieran a destruir su obra.

## Capítulo 9.

En la noche del miércoles cayó nieve. El frío que abrigaba las calles obligaba a los transeúntes a buscar abrigo, las aceras se volvieron una locura con gente yendo de un lado a otro, apresuradas por llegar a sus casas. Las puertas de algunos establecimientos se abrían y cerraban a cada segundo por aquellos que deseaban comprar artículos de último minuto, la cafetería Martin's era una de ellas, pero eso no parecía alegrar a Ethan.

Como si fuera un criminal se mantenía escondido tras un árbol. Intentaba justificar su permanencia en ese lugar simulando esperar a alguien, y en realidad lo hacía, se hallaba a la espera de la agresora de su decoración. Aunque el frío le calaba los huesos, se mantenía firme, sabiendo que de un momento a otro, ella llegaría.

Había pasado todo el día trabajando como un poseso. No se detuvo ni un instante controlando cada aspecto de la cafetería al tiempo que entrenaba a Theresa. Conversó con el cocinero mientras realizaban el inventario, interrumpiendo la discusión para efectuar algunas entregas que se presentaron durante la mañana. En la tarde, contrató a un muchacho, amigo de Theresa, para hacer los repartos mientras él acudía a la reunión con el promotor. Entregó en tiempo record los requerimientos para solicitar el crédito, asegurándose esa oportunidad para inicios del próximo año. Luego regresó para seguir atendiendo sus responsabilidades, estableciendo un acuerdo razonable con el cocinero, quien le dio unos aportes interesantes.

Ahora se hallaba en ese sitio, como lo había planificado. Ese día no había incumplido con ninguna de sus tareas propuestas. No podía negar que la rabia por el ataque a su decoración navideña había encendido una llama en su interior que lo ayudó a pensar en sus problemas con estrategia, pudiendo resolver cada uno para al final contar con el tiempo suficiente que le permitiera estar en ese lugar, a punto de atrapar a la criminal.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro, de satisfacción y alivio. El frío no era capaz de cortar la calma que inundaba su alma, mucho menos, el incendio de determinación que se producía en su interior.

Jessie se acercaba a la parada de bus sin la premura que la había invadido días antes, apretujada en su abrigo negro. Aunque había llegado tarde a su trabajo, pudo activarse rápido al ritmo del día. Su jefe no había notado su retraso por estar en una reunión, lo que le dio el tiempo suficiente para hacerle un repaso a las fotos ajustando algunos detalles y enseguida comenzó a trabajar sobre el bosquejo de las infografías que debía entregar.

Para el tema de la promoción del ciclismo urbano realizó el esquema de un juego de mesa serpenteante donde cada casilla representaba un sitio turístico de la ciudad, o una de las empresas involucradas con el proyecto, y para el top de empresas que hacían buen uso de la energía eléctrica dibujó la montaña Everest, colocando banderas en el camino a la cima que identificaban a la compañía que había alcanzado alguno de los logros propuestos.

Aún le faltaba trabajar en la infografía que mostraría el crecimiento del mercado de ropa ecológica, pero con esas ideas, su jefe había quedado satisfecho.

A pesar de recitarle un montón de sugerencias y de advertirle que se ocupara de culminar ese trabajo antes del fin de semana, ella sintió alivio. Se había quitado un peso muy grande de encima,

uno que le permitía caminar con la espalda erguida.

Y todo eso había sido posible gracias a que pudo obtener algo de paz con sus absurdas niñadas, atacando la familia de muñecos de nieve que se hallaban de camino a su trabajo. Con esas travesuras pudo descargar tensiones y desechar energías negativas. Por eso, para asegurarse que estaría relajada esa noche pudiendo trabajar en un adelanto de la última infografía que tenía pendiente, llevó consigo dos rollos de papel higiénico que había tomado de su trabajo y con los que pensaba cubrir a los muñecos como si fueran momias.

Al llegar a la parada de bus, por culpa de la suave nevada, descubrió que aquel lugar era un caos. Demasiadas personas se hallaban en los alrededores, buscando algún medio para huir a sus hogares antes de que la temperatura bajase un poco más.

Respiró hondo sabiendo que por esa noche su osadía estaría interrumpida. Tendría que esperar mucho tiempo para que estuviera menos concurrido, pero no estaba segura que la aventura valiera la pena si luego terminaría congelada al lado de aquella familia detestable. Daba la impresión de que el clima empeoraría con el paso de los minutos.

Se detuvo algo alejada de la decoración y cerca de un árbol, mirando con frustración los alrededores. Apretó el bolso a su costado, donde tenía ocultos los dos rollos de papel higiénico, sabiendo que por esa noche la misión debía ser abortada.

Al girar su atención al lado contrario de la decoración vio a un hombre recostado del árbol. Sus ojos fueron atrapados por la mirada intensa y clara de aquel sujeto, que con una fijeza inquieta la observaba, clavando en ella sus pupilas verdes agua. Se estremeció, y no de frío, porque esa mirada parecía que le había lanzado un rayo de fuego que calentó su cabeza y llevó sus llamas por su columna vertebral, hasta producirle un estallido en su vientre. Jessie quedó de piedra, algo asustada por el efecto que aquel hombre había causado en ella.

—Hola —se obligó a decir Ethan, viendo como la mujer se mostraba tímida ante su evaluación. Debía verse como un loco trastornado que se hallaba de cacería.

Se aclaró la garganta y empujó una sonrisa en su rostro para mostrarse agradable. No quería que aquella chica de rostro delicado y ojos achocolatados pensara que él era un delincuente.

—Espero a un amigo, pero creo que me dejaron embarcado —justificó, para aligerar la mala impresión que de seguro había generado en ella.

Jessie se esforzó por desprenderse de la fuerza atrayente de aquella mirada. Debía parecer una niña estúpida que por primera vez veía a un hombre atractivo. Pestañeó varias veces para cortar el hechizo y repasó la calle, pero su atención inevitablemente se iba hacia él.

La capucha de su abrigo y la gruesa bufanda lo cubrían por completo, pero dejaba a la vista un rostro varonil, de líneas duras y barba recortada, con unos labios anchos demasiado provocativos que se curvaban en una sonrisa pícaro que le hacía aletear el corazón.

—Tal vez fue atropellado por uno de los renos de santa —bromeó ella y sonrió arrepintiéndose enseguida por lo tonta que había sido al realizar un comentario tan mediocre e infantil. Perdió la sonrisa al darse cuenta de su error, aunque la de él aumentó y la intensidad de su mirada se transformó en una curiosa, en vez de acusadora—. Lo siento... me refería a... que debió quedar atascado... por... —balbuceó con inseguridad.

Ethan no podía apartar su atención de esa bella joven. Se notaba tan tierna y vulnerable que no pudo evitar que en su interior crepitara un fuego poderoso, anhelando ver más de ella. Su parka de capucha peluda y las bufandas en su cuello le permitían ver únicamente su cara de líneas suaves y nariz respingada, pero lo que más llamaba su atención eran sus labios carnosos, que se mantenían entreabiertos mientras ella lo observaba, como invitándolo a probarlos.

Las ganas por hacerlo fueron capaces de reducir el frío que sentía.

—Sí. Esta temporada ha sido algo... difícil —respondió, tratando de utilizar palabras adecuadas. Se sintió satisfecho al verla sonreír de nuevo, le encantaba esa sonrisa. Era algo tímida, aunque reflejaba una fuerza arrolladora capaz de tumbarlo en el suelo.

Mantuvieron sus miradas por unos segundos hasta la llegada del bus. Jessie dudó, sabía que era momento de la retirada, pero se sentía tan bien, ahogada en esos ojos verdes, que le costó parpadear de nuevo y desviar su atención.

—Me voy. Adiós —le dijo, aumentando la sonrisa.

Ethan, en cambio, se puso serio. El efecto que le había producido ese rostro angelical no podía tomárselo a broma.

—Adiós —fue lo único que pudo responder. Siguiendo con atención cada movimiento de la chica mientras corría al bus y subía a él—. Mírame... mírame de nuevo —susurró con su interés fijo en ella. Para su satisfacción, la chica giró el rostro, justo en el instante en que el bus se ponía en marcha.

Se la llevaba consigo, robándole un par de suspiros.

## Capítulo 10.

La mañana del jueves amaneció fría, pero los rayos del sol se las arreglaban para colarse entre las apretadas nubes y calentar la nieve que cubría cada rincón de la ciudad.

Ethan había llegado más temprano que de costumbre a la cafetería, aquel nuevo horario no solo le permitió culminar con el inventario de ese día, teniendo ya preparada una lista de los insumos faltantes, sino que había entrenado al nuevo chico de los repartos para que se encargara de la mayor parte de las rutas y a Theresa, que cada día hacía mejor su labor.

Solo tenía que supervisar que las actividades marcharan sin inconvenientes, esperando que tanto trabajo comenzara a dar sus frutos. Así que, mientras abría su negocio y comenzaban a atender a los clientes, se puso a limpiar un poco la nieve de la entrada encontrándose con la familia de muñecos de nieve en perfecto estado.

Sonrió satisfecho, su creación seguía en pie a pesar de las dificultades. Anoche se había quedado un buen rato esperando a la agresora, pero esta nunca llegó. Sin embargo, la tarea de vigilar no le había dejado una pérdida de tiempo. Gracias a ese trabajo pudo toparse con aquel hermoso ángel de carita dulce y ojos de avellana, tan brillantes y profundos que le provocó estar siempre hundido en ellos.

Esa mañana había ido a primera hora a la cafetería diciéndose a sí mismo que cuidaría a su decoración, esperando atrapar a la delincuente que pretendía destrozarla, pero en realidad, lo que anhelaba era encontrarse de nuevo con ella, con su mirada cálida y su sonrisa mágica.

En ocasiones repasaba los alrededores buscándola en los rostros desconocidos, sin poder hallarla. Así que no le quedaba de otra que continuar con su labor. Pasó al área de los muñecos de nieve y la limpió un poco, notando que se veía muy blanca. Le faltaba color. Deseaba darle una tonalidad más viva que los hiciera tan atractivos como los ojos de aquella misteriosa dama.

De pronto, se le ocurrió una ingeniosa idea y entró apresurado a la cafetería para hurgar entre las bolsas de basura apiladas en la parte trasera. Con la recarga de trabajo que había tenido el día anterior se le olvidó sacarla. Pronto encontró la que poseía los desechos que lanzaron sobre su decoración.

La llevó consigo y se puso en la tarea de colocarla de forma ordenada a los pies de los muñecos como si fuera una alfombra con forma de corazón. El chico de los repartos y uno de los auxiliares de cocina decidieron colaborar con la tarea al verlo tan animado, y con la ayuda de dos empleadas, realizó flores con servilletas coloreando algunas con tonos navideños.

Terminó de engalanar la decoración sonriendo satisfecho, hasta los empleados estuvieron emocionados por haber participado en aquel proyecto. El hecho de que Ethan les hubiera regalado la oportunidad de ayudar con ese trabajo rompía barreras volviendo el equipo más unido.

Mientras ellos comenzaban su rutina, él continuó afuera, simulando quitar más nieve de la entrada. Solo quería verla para que aquella mañana fuera perfecta.

Jessie decidió caminar las cuadras que separaban a la estación del Metro de su trabajo. El ejercicio la ayudaría a poner en orden su cabeza. El frío que invadía a la ciudad era soportable gracias al calor que le aportaba sus pensamientos, que desde la noche anterior estaban fijos en el recuerdo de unos ojos verde agua que encendieron en un interior una llama.

La sensación de esa nueva emoción apaciguaba la tristeza que sentía por su situación familiar. Otra vez sus padres la habían agobiado con mensajes y llamadas para hacerle exigencias, y en esa ocasión, con un trato más duro y hasta ofensivo. Pero esa vez ella decidió no quedarse callada, haciéndoles llegar sus quejas y regaños de una forma firme, aunque respetuosa. Necesitaba que escucharan todo lo que tenía para decirles y si no lo hacía de esa manera, ellos podrían cortar la comunicación al sentirse atacados robándole su oportunidad. Había tanto para reclamarles, tantas horas perdidas en peleas, en mentiras, en falta de atención y comunicación, que le era imperioso ser escuchada. Porque estaba segura que nunca más se repetiría aquel fuego que le escocía las entrañas.

Luego de eso, siguió con su hermana, quien continuaba enviándole bellas imágenes de su indómito disfrute en California. Adoraba a la chica y estaba feliz de que hiciera cosas increíbles, pero ella sabía que aquel viaje solo lo hacía como medio de venganza, impidiéndole disfrutar plenamente de la experiencia y consiguiendo en él herramientas que la ayudaran a ser más libre e independiente. Conversó con la joven sobre su futuro, descargando ambas, con llanto incluido, las penas que tenían atoradas en el pecho.

Ninguno volvió a molestarla el resto de la noche, ni esa mañana. Eso le dio oportunidad de adelantar suficiente trabajo de las infografías, apoyada además, por el recuerdo de la mirada magnética del hombre que había conocido en la parada de bus. No pudo sacarse de la mente la intensidad de sus ojos claros y decididos, que la conquistaron por completo. Su fuerte atractivo despertó en ella la creatividad y la secuestraba en ocasiones, dejándola embobada viendo la nada y suspirando por su recuerdo sabiendo que tardaría mucho en arrancárselo de la memoria.

Aunque la noche anterior había podido dormir más horas, igual se sentía cansada. Su situación familiar requería más atención, porque el vacío que sentía en el cuerpo luego de las conversaciones que había tenido con sus padres y hermana, no podía ser llenado con alivio hasta no saber si todo aquello había servido de algo, o alejó aún más a su familia de su lado.

Por eso había decidido caminar esa mañana, para despejarse y asumir el día de trabajo con mejor ánimo, o seguiría fallando.

Al llegar a la parada de bus, por inercia, lanzó una mirada hacia los muñecos de nieve que adornaban la calzada. Quedó paralizada al verlos renovados y llenos de colorido gracias a la basura que la mañana anterior ella había tirado encima de ellos.

El nudo que se le ató en la garganta fue tan grande que casi perdió la respiración.

—Se ven mucho mejor, ¿cierto?

La vibración de esa voz ronca e íntima le produjo un estremecimiento. Los ojos de Jessie se abrieron en su máxima expresión y se llenaron de emoción mientras se giraba para encarar al hombre que se había detenido a su lado.

Su cuerpo se desinfló, conmovido, al recibir el magnetismo de sus ojos verdes y las promesas de su sonrisa torcida. Por un instante se sintió volar entre nubes de nieve.

—Eh... sí... —fue lo único que pudo decir en medio de una risa nerviosa.

Para Ethan era más que suficiente, se sentía saciado con solo conquistar la mirada achocolatada de aquella dulce mujer. Se pasaría la vida entera arropado por aquellos ojos tiernos, que lo observaban con la misma adoración que a él le palpitaba en el pecho.

—Pensé que no te vería de nuevo. ¿Vives cerca?

—No... trabajo cerca —confesó ella, notando que él llevaba una pala para quitar nieve.

—Tú, ¿vives por aquí?

Ethan aumentó la sonrisa, provocándole a la chica un suspiro de anhelo.

—Este es mi negocio —reveló, señalando la cafetería que se encontraba tras ellos.

Jessie amplió aún más las cuencas de sus ojos. Un ramalazo de vergüenza le atizó las entrañas.

—Eres el... dueño... —balbuceó, sin poder apartar los ojos de él.

—Sí, soy Ethan Martin —se presentó, estrechando una mano hacia ella. Jessie la vio impactada un instante, antes de enlazar su mano con la de él.

El calor sofocante que los envolvió con ese contacto enardeció aún más las miradas de ambos, creando una burbuja a su alrededor, enlazándolos con un hilo invisible de mucha resistencia.

—Y yo... Jessie... Jessie Lilley —dijo con dificultad, afectada por la fuerte atracción que él le producía—. Tengo que irme —aseguró, obligándose a soltar su mano.

Aunque le encantaba su toque, necesitaba alejarse para poner en orden sus emociones.

—¿Te veré de nuevo? —preguntó Ethan, temiendo perderla.

Ella sonrió con nerviosismo.

—Siempre vengo a esta parada para tomar el bus.

Él observó por un momento la parada ubicada junto a su negocio, esperanzado, y recordó que la noche anterior la había hallado allí.

—Entonces, ¿vendrás esta noche?

Jessie asintió, alejándose un par de pasos y sonriendo como una tonta. Cuando tuvo la fortaleza necesaria, le dio la espalda y se marchó. Ethan no podía apartar su atención de ella, sintiendo una inquietud crecer en su interior a medida que la chica se separaba más de él.

—Mírame... por favor, mírame de nuevo —susurró, con su corazón palpitando lleno de energía. Cuando ella giró el rostro y enlazó otra vez sus ojos con los de él, Ethan sonrió complacido—. Te veré de nuevo —masculló para sí mismo, sintiéndose conforme, pues sabía que tendría una oportunidad para conquistarla.

## Capítulo 11.

Aquel día había sido raro, diferente. A medida que pasaban las horas, Jessie experimentaba un frío recorrerle la sangre y le hacía bullir la ansiedad.

Estaba feliz. No solo porque su jefe la había felicitado por los buenos avances que estaba realizando referente a las infografías, sino por el rostro sonrojado y sonreído que había mantenido durante todo el día.

Sus compañeros también comenzaron a notarse de nuevo cercanos. Bromeaban con ella, le realizaban consultas y celebraban a su lado los pequeños triunfos del día. Todo comenzaba a tomar su cauce, aunque todavía sentía una filosa espada de hierro clavada en su pecho. Hasta que no resolviera los inconvenientes con su familia no podría estar del todo tranquila.

Sin embargo, por ese día se permitió soñar. Unos penetrantes ojos verdes acaparaban sus pensamientos impidiéndole recordar los problemas. Era imposible que dejara de pensar en Ethan Martín, en su sonrisa torcida, en esa mirada que parecía querer meterse dentro de su alma y escarbar todos sus secretos.

Había algo que le incomodaba y no sabía cómo actuar respecto a eso: ella había estado toda esa semana fastidiando la decoración del restaurante de ese hombre, como si fuera una chiquilla malcriada y descarriada. ¿Cómo reaccionaría él cuando se enterara de su imprudencia?

Quizás, se molestaría, pero no deseaba mortificarse por eso. Disfrutaría el momento, de la ansiada paz que tanto había anhelado.

Al terminar su hora de trabajo se fue apresurada a la parada de bus para verlo. El corazón le latía con fuerza en el pecho y un sin número de mariposas le revoloteaba en el estómago haciéndola sentir algo mareada.

Por su parte, Ethan había tenido un día productivo. Logró cerrar buenos contratos con los nuevos proveedores, teniendo la suerte de entrar en las rutas de distribución de dos de ellos. Eso significaría menos trabajo de qué encargarse. Además, el nuevo menú que había establecido con el cocinero estaba siendo bien aceptado por los clientes. Los cupcakes y el red velvet cheesecake tenían posibilidades de volverse una tendencia en la ciudad, un hecho que lo beneficiaría enormemente.

Theresa empezaba a desenvolverse con soltura, pudiendo darle a él momentos de tranquilidad para esconderse en la trastienda con la excusa de ordenar los estantes donde guardaban la mercancía. En realidad, lo que buscaba era reposo y soledad para pensar en ella, en ese rostro angelical que le estaba robando mucho tiempo y en esa mirada achocolatada en la que deseaba hundirse.

Aquella mujer generaba un efecto tan fuerte en él que lo tenía impactado. Ethan nunca había sentido algo similar. Fue tanta su influencia, que esa tarde él no se molestó por las llamadas de su abuela y su insistencia de que se ocupara cuanto antes en transformarse en un semental. Con dulzura le aseguró a la anciana que pronto iría a verla y le daría un gran abrazo, quizás, no para Navidad, pero, tal vez, para fin de año. El tono conciliatorio y la forma noble que utilizó para darle la información a la mujer bastaron para calmar sus ansiedades, logrando que su abuela abandonara por el resto de la tarde su obstinado empeño.

A medida que acababa el día, él se sentía más nervioso. Tenía muchos años que no experimentaba aquellos sentimientos, hasta pensó, que nunca más volvería a tenerlos consigo, pues creyó que los hombres adultos no se entusiasmaban por una mujer como lo hacían los adolescentes.

No fue capaz de esperar la hora en que habitualmente cerraban las empresas y oficinas de los alrededores y salió unos minutos antes a la parada de bus envuelto en su grueso abrigo. Se sentó en la banca sin importarle el frío, viendo pasar a la gente que se apresuraba por ir y venir.

La sensación de esperanza y anhelo que inundaba su corazón se mezclaba con la curiosidad. ¿Ella iría al encuentro? ¿Le regalaría de nuevo un bello instante de su mirada o el sonido melodioso de su risa?

—Hola.

Ethan se sobresaltó al escuchar su saludo. Se levantó con los ojos tan abiertos como platos, asombrado por la prontitud en que se hicieron realidad sus sueños.

Allí estaba ella, observándolo con sus ojos tiernos y conmovedores, obsequiándole es sonrisa que tanto lo había trastornado ese día.

—Hola —saludó, expulsando el aire que había reprimido. Su belleza lo había dejado sin respiración un instante.

—Pensé que no estarías aquí. Hace mucho frío.

—Sí —dijo él frotándose las manos por encima de los guantes—. Pero jamás fallaría. ¿Quieres un café? —ofreció, acercando a ella su rostro.

Jessie estuvo a punto de desfallecer al tenerlo tan cerca. Sus ojos verdes se empuñaron en su alma estremeciéndola por completo. Sintió su aliento cálido cerca de su rostro y eso la erizó de pies a cabeza.

—Eh... sí —aceptó, haciendo que la felicidad se tallara en el rostro del hombre.

Él la guio hasta la cafetería. Ella, al pasar junto a los muñecos de nieve, perdió la sonrisa, reconociendo que la basura que se hallaba a los pies de la decoración, adornándola con forma de corazón, era la de ella. Ethan notó su cambio y no pudo evitar preguntarle:

—¿Ocurre algo?

Jessie se mordió los labios y se obligó a apartar su atención de la decoración para posarla de nuevo en él.

—Son hermosos.

Ethan sonrió con orgullo.

—Participo en un concurso sobre la Navidad sustentable propuesto por la alcaldía.

Las facciones del rostro de la chica se arrugaron por la culpabilidad.

—¿Un concurso?

Él asintió.

—Pague mucho dinero por ellos, pero hace poco me di cuenta que no estaban completos.

—¿Ah, no? —preguntó devastada. Sintió aún más vergüenza por su actitud infantil e imprudente.

—Gracias a unos ataques que sufrieron, pude notar los detalles de color que le faltaban. Era necesario darles un toque propio, que tuvieran algo de los empleados para que pudieran representar el espíritu del negocio. Ahora relucen con mayor intensidad. ¿No te parece?

—Sí —expresó agobiada.

—Pero dejemos de hablar de asuntos sin importancia. Hace mucho frío. Vamos adentro, quiero conocerte.

La mirada penetrante que él le dedicó, a ella le provocó una colisión de emociones en su interior tan fuerte, que fue capaz de olvidar sus remordimientos. Por un instante la invadieron unas ganas terribles por tocarle el rostro y los labios y probar el sabor de su boca, para saber si sería tan embriagante y adictiva como su mirada.

Con una sonrisa aceptó la invitación, sin imaginar el sentimiento triunfal que a Ethan lo había dominado por ese gesto. Tenerla allí, dentro de su terreno, lo hacía sentirse un ganador.

## Capítulo 12.

Ethan dedicó todo el tiempo que Jessie le había regalado atendiéndola como si ella fuera una persona de gran importancia. La hizo probar un poco de cada uno de los aperitivos del nuevo menú, buscando su opinión, y hablaron de la cambiante Nueva York, de sus trabajos y de sus proyectos y aspiraciones que las horas parecieron mariposas amarillas revoloteando dentro del recinto rodeándolos con su magia.

Cuando la asistencia de clientes comenzó a menguar y los empleados empezaron a limpiar la cafetería, él la llevó a la trastienda, donde había una mesa en la que almorzaba el personal. Ninguno de los dos quería irse aún, no deseaban que terminara aquel momento tan lleno de emociones.

De su oficina, Ethan sacó una botella de vino espumoso que había guardado para celebrar algún momento especial y esa ocasión era idónea para hacer uso de él. Entre copas y más charlas, Jessie terminó abriéndole su alma. Tenía los problemas tan atascados en el pecho que impedían que su corazón latiera como era debido, produciéndole un dolor constante que la amargaba y restaba sus fortalezas. Quería expulsarlos, limpiarse las rabias e inconformidades con una persona que supiera escucharla, que le brindara una palabra sin que juzgara sus acciones egoístas y que la mirara con afecto.

Todo eso lo consiguió de aquel desconocido, que ahora se volvía muy cercano. Lo único diferente, era que la mirada que él le dedicaba no era solo de afecto, estaba llena de más dudas, de promesas y de mucha determinación. Era una mirada que penetraba por sus pupilas y ahondaba dentro de su mente, observando con atención las imágenes que ella le describía, viendo su dolor, su cólera y su frustración, y las alegrías que parecían mínimas frente a la profunda pena.

Aquel instante fue tan emotivo, que Jessie no pudo evitar dejar escapar una lágrima. Una gota brillante, grande y pesada, que con rapidez llegó a su mandíbula cayendo sobre su regazo.

Esa lágrima desató un vendaval de sentimientos dentro de Ethan y aumentó su interés por esa hermosa mujer que ya venía siendo poderoso. Sus emociones lo superaron y se atrevió a tocarla, a pasar el dorso de los dedos de una de sus manos por esa mejilla húmeda.

La limpió, llevándose consigo ese dolor, viendo como la joven detenía su relato para cerrar los ojos y suspirar, estremecida por el contacto. La imagen de sus labios húmedos y sonrosados, entreabiertos para dejar escapar un débil gemido, se le clavó en el pecho despertando en él un sentimiento fuerte, intenso y sobreprotector. Tenía muchas ganas de estrecharla entre sus brazos, de besar su coronilla y asegurarle que todo estaría bien, que tuviera fe en el tiempo y en los corazones de las personas a las que amaba, porque sabía que ellos, gracias a los cambios, comprenderían su postura y el súbito arranque de ira que había sufrido por su insistencia.

Ella sonrió agradecida, obsequiándole la dulzura de su mirada tímida y entristecida, sin saber que aquello engrandecía peligrosamente los sentimientos que nacían en el interior del hombre.

Luego de una última copa, se despidieron, saliendo del establecimiento con los últimos empleados. Jessie no pudo negar la petición de Ethan de acercarla a su casa, ya que por la hora él no confiaba en la seguridad de la ciudad. El viaje les sirvió para afianzar una amistad que nunca imaginaron cimentar. Una nacida de los inconvenientes, de enfrentamientos secretos y de un

encuentro casual, pero poderoso, que ató a ambas almas en un hilo irrompible que las mantendría muy cercanas, sobre todo, esa noche.

En su departamento, Jessie no paraba de suspirar. Lo único que su mente procesaba era la mirada clara y profunda de Ethan, su sonrisa torcida, sus atenciones, el sonido vibrante de su voz ronca y su aroma tan varonil que, mezclado con el café y el dulzor de los pasteles, se volvía tan embriagante y persistente que ni un baño largo lograba apartarlos de su memoria.

Se acostó en la cama y cerró los ojos manteniendo la sonrisa en los labios. Se sentía tan feliz, que la llamada de su madre no fue capaz de apagar ese fuego que crepitaba en su interior. Habló con ella en paz, procurando entenderla, calmando sus ansiedades, pero a la vez, haciéndole entender sus errores y la obligación que tenía de resolver sus asuntos por su cuenta, sin involucrarla. Hubo algunas lágrimas y varios «te amo» pronunciados de ambos lados de la línea telefónica. También unos «gracias» y al final un «nos vemos pronto». Su madre por fin había entendido que sus hijas necesitaban su espacio para asimilar aquel cambio, que pasar una Navidad en soledad no era un indicio del apocalipsis personal de nadie, sino una ocasión para el crecimiento, para amarse a sí mismo, complaciéndose con placeres muy personales que nadie entendería.

Culminaron la llamada prometiéndose una comunicación más pausada y serena, sin agobios. Jessie pudo dormir esa noche tranquila, sabiendo que su madre se encargaría de solventar sus diferencias con su padre por el bien de todos, así como con su hermana. Ella solo se ocupó de soñar, de llevar a su mente toda la noche el recuerdo de esa mirada que la hipnotizaba, de ese rostro atrayente, de esa voz cautivadora y de ese toque tan suave e intenso, que creaba en su estómago chispas de placer. Tenía miedo de imaginar lo que ocurriría si ese contacto se profundizaba, tal vez nacerían en su interior unas llamas poderosas que consumirían cada uno de sus huesos. La idea la estremeció y avivó su deseo.

En su casa, Ethan se encontraba en una situación similar. El pecho le dolía de tanto que su corazón palpitaba y suspiraba por la dulce presencia de aquella mujer. Nunca imaginó que ella fuera capaz de ejercer un poder tan grande sobre él, quedándose clavada en su subconsciente, impidiéndole hacer otra cosa que no fuera pensar en la joven.

Anhelaba su risa, observar sin descansos sus ojos melancólicos, pero más aún, volver a sentir en su piel su contacto. El calor que le transmitió el toque de su mejilla fue tan potente que aún le costaba salir del shock, sobre todo, al ver la reacción de ella.

Si con el simple roce de sus dedos era capaz de emocionarla de esa manera, no quería imaginar lo que haría cuando pudiera tocarla con ambas manos.

Se recostó en el marco de la puerta de su habitación y cerró los ojos, suspirando hondo. Soñó con encerrar el rostro de la chica entre sus manos, acariciar sus mejillas con los pulgares y aproximarse tanto, que sus alientos se mezclarían alrededor de los labios entreabiertos de ambos. En sus oídos retumbó el recuerdo de su gemido, pero en esa ocasión, se hacía más audible, más estremecedor. Se excitó, como si una descarga de energía le sacudiera el organismo dejándolo tenso. Anhelaba esos labios más que a nada en la vida, estaba a punto de volverse loco por probarlos, por sentir su calor y el sabor que escondían.

Abrió los ojos, pero le fue imposible cambiar la postura. Ella lo había dejado allí, clavado en sus necesidades, sumergido en un deseo que no sabía si se cumpliría, pero por el que trabajaría sin descanso hasta obtenerlo, como había hecho todo en la vida.

Llegado el viernes, volvieron a tener encuentros, un saludo en la mañana y un café al terminar el día.

Esa noche de nuevo compartieron largas horas como el día anterior, tuvieron tiempo para conversar sobre sus días, reír por alguna anécdota graciosa y mirarse sin descanso, suspirando internamente por las emociones novedosas que aquello les producía.

## Capítulo 13.

El fin de semana fue difícil para ambos. La cafetería absorbió a Ethan, impidiéndole encargarse de otra cosa que no fuera el ajuste del inventario y el entrenamiento de su personal. Debía contratar a dos chicos más para los repartos. Por la cercanía de las fiestas y por el boom que estaban tomando sus ricos cupcakes y la exquisita red velvet cheesecake aumentaban los pedidos.

Para dar mayor notoriedad a su negocio, se le ocurrió la brillante idea de contratar a un bartender capaz de realizar dibujos con la leche en el café, algo que gustaba a muchos clientes. El trabajo del hombre estaba estipulado por seis meses, en los que además, debía enseñar al resto de los empleados, pero era evidente que las semanas de las fiestas sería imposible, porque las demandas eran muchas y el hombre casi no se daba abasto.

Lo cierto era que las ventas repuntaban de buena manera, los clientes aumentaban obligándolo a atender con mayor énfasis cada aspecto del negocio. Eso lo tenía feliz, pero el hecho de contar con menos tiempo para compartir con Jessie lo atormentaba. Al menos, se conformaba con escuchar su voz a través del teléfono, oyendo el retumbar alegre de su risa.

No dejaron de comunicarse en ningún momento, ya fuera a través de llamadas, mensajes o dejando notas de voz en el Whatsapp. Él quería saber todo de ella, le preguntaba sobre su día, sus pensamientos, sus sueños y anhelos y se excusaba en sus inclinaciones artísticas para consultarle algún detalle de una publicidad o de los dibujos que realizaba el bartender.

Cualquier tema era propicio para lograr un contacto con ella, algo que los mantuviera unidos.

Jessie, por su parte, actuaba de la misma manera. En ningún momento dejaba su teléfono olvidado y a cada cierto tiempo buscaba alguna excusa para escribirle y saber de él. Ese fin de semana le correspondía ir a su vieja casa y empacar sus cosas.

Su madre, por la premura de pasar una página difícil en su vida, acordó con una inmobiliaria la venta de su casa. La empresa pronto le realizaría unos arreglos y así la ofrecería a partir del próximo año, pero para eso debían desocuparla. Tener que enfrentar sola el hecho de recoger todos los recuerdos que había construido en esa propiedad le resultaba difícil, pero prefería hacerlo de esa manera. Así podía llorar y reír con soltura mientras iba guardando cada pedazo de su infancia en su corazón, para luego despedirse de aquel lugar.

El compartir distante entre Jessie y Ethan permitió que ninguno perdiera la cordura durante la dura transición que cada uno atravesaba. Se mantuvieron juntos, sin estar cerca; se acompañaron, sin tomarse de las manos; fueron uno, sin lograr una compenetración. Se daban su espacio para aprender a crecer por sus propios medios, sin pensar que estaban solos durante el proceso. Se conocían a sí mismos mientras conocían al otro, quedando maravillados con todo lo que descubrían.

El domingo en la noche ella había tomado una decisión. Quizás fuera pronto, pero el mundo en el que vivía giraba demasiado rápido y no deseaba perder ninguna oportunidad. Así que, le propondría una cita.

El próximo martes en su trabajo realizarían la tradicional fiesta de Navidad, donde los empleados podían llevar a familiares y amigos. En esa celebración compartiría de forma más

cercana con Ethan, pero además, aprovecharía la ocasión para confesarle que ella había atacado en varias oportunidades la decoración que adornaba su negocio y con la que participaba por un concurso local. Esa vergüenza no podía arrancársela de la mente y crecía a medida que ellos se compenetraban más. La hacía sentirse una traidora.

El lunes en la mañana salió más temprano que de costumbre de su departamento para pasar por la cafetería. Necesitaba hablar con él cuanto antes, el desenfreno en el que se encontraba su pecho desde la noche anterior no la dejaría en paz hasta que no se quitara aquel peso de encima. Además, siempre había oído que las mejores cosas que ocurrían eran aquellas que dictaba el corazón y el suyo parecía un potro atado que miraba con melancolía una pradera interminable, debía dejarlo en libertad.

En esa ocasión decidió llevar su abrigo rojo, ese que tanto le gustaba por su calidez, y caminó con premura hacia su destino. Sin embargo, al llegar a la cafetería halló un revuelo. Había cámaras de televisión, periodistas y gente vestida como para un evento de gala. Varios de los empleados se habían metido dentro del cercado que rodeaba a la familia de muñecos de nieve fabricados con materiales ecológicos, siendo fotografiados por sujetos que portaban equipos profesionales. Al estar más cerca notó las credenciales que colgaban de sus cuellos y los certificaba como parte de la prensa local.

Abrió los ojos en su máxima expresión. Eso podía significar que Ethan había ganado el concurso.

Esa idea la llenó de alegría, así como de otras emociones extrañas. Echó un vistazo al interior del negocio a través de la vidriera, descubriendo que él estaba siendo entrevistado por una periodista del noticiero estelar de la ciudad, junto al Alcalde. El corazón se le arrugó como una uva pasa al verlo vestido de manera formal, resultándole muy atractivo. Su porte varonil y sereno reflejaba la gran seguridad que tenía de sí mismo. Era un triunfador, un hombre sagaz que nunca daba un paso en falso, sin saber a dónde lo llevaría.

Sus pensamientos la llenaron de inseguridades y preocupaciones. ¿Qué hacía allí? Ella era una traidora, una mujer que aún no sabía vivir con sus problemas familiares y que seguía rota, a pesar de haber pasado todo el fin de semana uniendo sus partes. No era una mujer para él, lo único que lograría sería opacar su brillo y eso no era justo.

Bajó los hombros con derrota sintiendo una enorme tristeza invadir su corazón. Con la mirada empañada lo observó desde la distancia, despidiéndose en silencio de él, pero se sobresaltó al recibir la calidez penetrante de sus ojos cuando Ethan dirigió por un momento su atención al exterior, como si buscara algo.

Se enlazaron en una mirada intensa y conmovedora, una que sacudió todo el interior de Jessie. Por instinto, sonrió, le era difícil no hacerlo ante el poder desbordante que él trasmitía. Su gesto arrancó una sonrisa alegre en él que pareció temblar mientras la repasaba de pies a cabeza, como si apenas la reconociera. Pero ella no pudo mantenerse más tiempo allí, sus pesares la doblegaron haciendo resaltar sus errores. Y retrocedió, viendo como él perdía la sonrisa a medida que ella daba un paso atrás, nublándole los ojos verdes con frustración.

Su mirada defraudada se clavó en el alma de Jessie saturándola de más inseguridades. Respiró hondo para llenarse de valor y dio media vuelta escapando de allí.

## Capítulo 14.

Ethan intentó comunicarse con Jessie durante todo el día, pero era imposible. Ella había cortado toda vía de comunicación. Controló su decepción trabajando sin descanso, aquel lunes se había transformado en un dragón furioso de tres cabezas, con grandes capacidades para incendiarlo todo.

La cafetería había pasado, en solo minutos, de ser un café del barrio al sitio más chic de todo Brooklyn. Especialistas cafeteros y pasteleros, influencers y periodistas de todo tipo se paseaban por el local ansiosos por probar sus delicias y queriendo tomar una imagen de esa perfecta «Navidad sustentable» decorada con basura que adornaba la entrada. La ganadora del concurso local.

Su familia de muñecos de nieve recorría todo Estados Unidos, y más allá, a través de los medios de comunicación y de las redes sociales. La fama de la cafetería Martin's crecía, antes de lo que él había supuesto. Ahora su trabajo consistía en mantenerla sin equivocarse.

Y de eso se encargó ese día. Escondió la rabia y la frustración que sentía por no poder comunicarse con Jessie para tomar el control de su negocio. Se esforzó por mantener la sonrisa, cubriendo así el reflejo de cólera que dominaba su semblante, sobre todo, su mirada. Estaba furioso, aunque no con ella, sino consigo mismo, por no haber tenido sus sentidos trabajando al cien por ciento.

Se dejó encandilar por la maravilla de lo novedoso y por el éxito de las primeras batallas que se olvidó de la guerra en su totalidad. Un error de novato que no pensaba volver a cometer. Se dejó embargar por la felicidad que le inspiraba aquellos hermosos ojos color chocolate y su sonrisa de hada sin atender los pequeños detalles, como el comportamiento cohibido de la chica cuando estaba cerca de los muñecos de nieve reciclados.

Por eso, antes de que terminara el día, decidió emprender el desafío que podía cimentar su triunfo laboral, pero que a la vez, le daba mayor estabilidad en aquella tienda. Un riesgo grande, aunque no tanto como la fuerza de su determinación.

Jessie, por su parte, había caído de nuevo en un espiral de amarguras e indecisiones que le robaba por completo su capacidad de acción. Aquel día había sido infernal en el trabajo, le había sido imposible terminar con buen pie cada tarea, siendo necesaria la intervención de su jefe.

Llevaba seis años trabajando en esa revista. Desde que había salido de la universidad, a los veintiuno, pudo conquistar aquel trabajo gracias a su buen desempeño como pasante en uno de los diarios de mayor tirada en la ciudad. Aquel empleo no solo le obsequiaba un puesto con excelente remuneración, sino que le permitía dedicarse a lo que le gustaba: dibujar, sin sufrir por tantas presiones como las que había tenido en el periódico.

Sin embargo, echaba por tierra todo su esfuerzo por culpa de sus desestabilidades emocionales. Su jefe se reunió con ella para conversar seriamente de su desempeño, asegurándole que le daría otra oportunidad al considerar su buen servicio en los años anteriores, pero pidiéndole que recapacitara y resolviera sus asuntos durante la semana de vacaciones. Al finalizar las fiestas debía regresar renovada, volviendo a dar el cien por ciento en su trabajo, o se vería en graves problemas. La revista, como todo en el país, atravesaba su propia crisis y no tenía mucho

tiempo para esperar por ella.

La chica se sentó en su silla luego de la reunión y pensó mucho en su situación mientras llegaba la hora de la partida. Tenía días comportándose como una cría malcriada al no saber manejar sus emociones. Pagaba sus rabietas con entes externos a ella, sin haber considerado el daño que sus acciones dejaban. Ahora tenía miedo a enfrentar esas consecuencias, a dar la cara y decir la verdad. Huía y se escondía como lo había hecho todos esos días, presa de su enorme tristeza.

Cuando sonó la alarma del fin de la jornada, todos sus compañeros celebraron emocionados y se dieron abrazos entre sí. Aquel era el último día de trabajo del año. Al día siguiente sería la fiesta de Navidad y luego no se verían las caras hasta después de la celebración del nuevo año. Las anheladas vacaciones comenzaban y todos estaban felices, menos Jessie, que no podía con el sentimiento de culpa y vergüenza que la embargaba.

Se enfundó su querido abrigo rojo y se encaminó a la salida, cabizbaja y abatida. Al pasar por la recepción se despidió de la recepcionista con una sonrisa. Esa mujer, que antes la había acompañado en el bus hasta la estación de Metro, ahora, por sus abandonos, se había amigado con otros compañeros que tenían auto y la acercaban a su casa por un medio de transporte más cómodo. Por eso la chica nunca más se interesó en seguirla.

Jessie se puso la capucha y metió las manos dentro de los bolsillos de su abrigo andando hacia la puerta, pero al escuchar su nombre quedó paralizada antes de salir a la calle. Su cuerpo tembló, porque había reconocido aquella voz. Ese tono era tan pulcro y melodioso que agitó todo su organismo, pero también, brotó las emociones negativas que la estaban dominando.

En medio de un suspiro se dio vuelta para encararlo.

Ethan llegó a ella, después de haber corrido por la recepción para alcanzarla. Había estado dentro de la revista y ella nunca lo supo.

La respiración agitada del hombre no compaginaba con su mirada dura y decidida, aunque bañada por un deje de tristeza.

—Pensé que no te detendrás.

Su acusación hizo estallar el arrepentimiento dentro de Jessie, nublándole los ojos.

—Disculpa —dijo con un hilo de voz y bajó el rostro al suelo.

¿Cómo le explicaría su comportamiento? ¿Cómo le explicaría el conflicto personal que atravesaba y que le impedía expresar sus verdaderas emociones?

Él se acercó a ella y tomó su barbilla con un dedo para obligarla a encararlo.

El contacto propagó un fuego dentro de Jessie, retorciendo su corazón.

—No tienes que disculparte por nada. Todos nos dejamos dominar por las flaquezas en momentos difíciles de nuestras vidas. A mí me ha ocurrido igual.

Ella amplió la mirada, sorprendida.

—¿Lo sabes? —preguntó, sin poder salir de su asombro.

Él sonrió con poca gracia, repasándola de pies a cabeza.

—Buscaba a una chica menuda con abrigo rojo. —Ella se sintió cohibida y se frotó el abrigo que llevaba encima, impactada porque él la hubiera descubierto—. Es absurdo, no eres la única en todo Brooklyn con un abrigo de ese tipo, pero tu actitud en la cafetería el primer día me lo confirmó. Estabas apenada y no apartabas tu mirada de los muñecos de nieve. —Jessie volvió a bajar la cabeza, avergonzada, pero Ethan esta vez la tomó por los hombros y bajó a su altura para que lo mirara a los ojos—. Me enfadé, y mucho, pero no tienes idea lo que esos ataques hicieron en mí. No pienso escarbar en mis rabias, sino en lo positivo que ellas trajeron a mi vida. No

cometeré el mismo error. Por eso he venido a darte las gracias. —El error al que se refería, era sobre su hermano Gary, con quien había perdido comunicación por sus constantes reproches. No vio su ausencia como una posibilidad de crecimiento, sino como una actitud egoísta del hombre. Con esa reacción perdió mucho en esa batalla. Jessie, por su parte, estaba estremecida por las palabras que él le dedicaba. Lo observó fascinada, le parecía imposible que él fuera tan perfecto —. Cuando estés preparada, llámame. Esperaré con ansias a que lo hagas —culminó, sin poder evitar acariciarle una mejilla.

Los corazones de ambos se removieron por ese pequeño toque.

Después de decir aquello se marchó, dejándola allí. Luchó contra sus instintos y contra lo que le gritaba su corazón para darle el espacio que necesitaba, ese que le concedería la estabilidad necesaria para enfrentarse a la verdadera guerra.

## Capítulo 15.

El mundo no podía ser más difícil para Jessie. La conversación que había tenido con Ethan al salir del trabajo le había retumbado en los tímpanos sin permitirle dormir en toda la noche.

«Cuando estés preparada, llámame», recordó lo que él le había indicado. «Esperaré con ansias a que lo hagas».

¿Esperará? ¿Realmente, lo hará? ¿Después de todas las estupideces que ella había cometido?

La ansiedad por saber si aquello era verdad la carcomía. Necesitaba que alguien se lo confirmara, que la ayudaran a entender que esas palabras habían sido pronunciadas por él y no habían sido un producto de su mente defectuosa. Sus inseguridades siempre le ganaban la batalla.

Aquel día debía dedicarlo a prepararse para la fiesta de la empresa, pero los nervios no le permitían pensar en otra cosa que no fuera Ethan y en el miedo insoportable que le desgarraba las entrañas.

Jessie nunca había sido una chica de amores, se daba de a poco y con condiciones, como siempre había visto en sus padres. Le aterraba la traición y las mentiras, había vivido tanto entre ellas que estaba cansada. Deseaba alejarse de todo lo que pudiera ponerla a prueba.

Cuando conoció a Ethan, él transformó muchas de sus creencias. Su mirada absorbente le hacía tantas promesas que prefirió dejarse influir por sus emociones y olvidarse que aquella amistad estaba iniciando en base a secretos y ellos con el tiempo se transformarían en duras mentiras. Unas que le pesarían tanto sobre los hombros que no la dejarían nunca caminar erguida.

Aclararlas no le dio paz, le despertó una vergüenza que no podía dominar de ninguna manera. Recordó que él le había dado las gracias, aunque no entendía el por qué.

«¿Cómo lo sabrás si no dejas que él te lo explique?», le indicó una vocesita dentro de su cabeza, una a la que poco escuchaba.

Se pasaba la vida esperando por otros para que resolvieran sus problemas, como lo hacían sus padres, porque no sabía manejar sus sentimientos, pero se daba la espalda ella misma, quien era la única persona que en realidad podía ayudarla a superar sus debilidades y adversidades.

«Deja que él te lo explique», repitió la voz, encendiendo un fuego en el interior de Jessie. Corrió a la mesa de la cocina, donde había dejado su teléfono móvil, y lo llamó. No una, sino varias veces, pero todas las llamadas caían al buzón de mensajes. Le envió un par de Whatsapp y unos mensajes de textos, sin embargo, en toda la mañana no hubo ninguna marca de visto o una respuesta.

Él debía estar ocupado con su trabajo. La cafetería Martin's ahora era la novedad de la ciudad. Ella estaba preparada para hablar con él, pero él ya no tenía tiempo para ella. No había salvación. Para ninguno.

Frustrada, se vistió y salió a la calle. Llegó a la cafetería sin saber muy bien qué haría, pero la fila de personas que iniciaba en el mostrador del establecimiento y continuaba en el exterior a casi una cuadra de distancia, le explicó por qué era muy tarde para arrepentimientos.

Con lágrimas en los ojos se alejó del lugar y entró en una peluquería para acomodarse los cabellos para esa noche. No quería que su jefe la viera tan abatida, temía perder su trabajo por sus inmadureces. De alguna manera tenía que superar aquella historia fracasada.

Las horas no solo pasaron lento, sino que se hicieron tensas. Al llegar el momento de ir a la fiesta, el ánimo de Jessie se hallaba por el suelo, pero igual se las arregló para dirigirse al salón donde se realizaría la celebración.

Se colocó un vestido entallado color coral, que resaltaba el tono trigueño de su rostro, así como su mirada achocolatada. Necesitaba de mucha ayuda para parecer una mujer con vida y no una zombi consumida por sus errores. No deseaba la lástima de nadie.

Al llegar, procuró compartir con sus compañeros, a pesar de no tener ganas de hablar con nadie. A los pocos minutos se alejó a la mesa de los aperitivos para esconder su desánimo, pero al encontrar entre los postres unos que habían formado parte importante de sus días felices, sonrió, sintiendo a su corazón palpitar de nuevo con intensidad.

¿Quién se había encargado del cáterin de la fiesta?

—Son los de la cafetería que está junto a la parada de bus. ¿Serán tan ricos como dicen por ahí? —expresó la recepcionista levantando un red velvet cheesecake para mostrárselo a los chicos con los que hablaba.

Todos miraron la pequeña torta redondeada y de color rojo con incredulidad.

—¡Son exquisitos! —respondió Jessie con emoción—. La torta es muy suave y tiene una mezcla de queso crema y chocolate increíble. Y la crema batida de arriba posee trozos de chocolate blanco y galleta. ¡Tienen que probarlo!

Las personas a las que les había hablado tomaron cada uno un postre detallándolo con interés. Cuando el primero dio un mordisco y gimió de gusto, el resto lo imitó. Jessie sonrió llena de satisfacción al ver las caras complacidas de todos, como si aquel postre lo hubiera preparado ella con sus propias manos.

—¿Te han dicho que no es bueno revelar secretos culinarios?

Jessie quedó de piedra al escuchar las palabras que pronunciaron a su espalda. Fue una voz muy conocida, capaz de hacerle vibrar los huesos con su cercanía.

Dudó en girarse para mirarlo. La alegría que la embargaba le había cortado hasta la respiración y le nubló los ojos con lágrimas.

Ethan respiró hondo al ver que ella parecía ignorarlo. La tomó por un brazo y la hizo dar media vuelta porque no podía pasar un segundo más sin mirarla.

Al subirle el rostro con una mano, todo su interior se agitó complacido. La repasó de pies a cabeza con una mirada hambrienta y necesitada.

—Estás hermosa.

A ella le costó sonreír, cuando lo hizo, arrancó una sonrisa de satisfacción en él.

—Traté de llamarte... —dijo casi en un susurro. Estaba tan emocionada por haberlo encontrado que le costaba expresarse.

—Lo sé. Hace pocos minutos vi los mensajes y las llamadas perdidas. Hoy ha sido un día muy loco.

—¿Por eso viniste? —preguntó ella, con la felicidad recorriéndole con rapidez en las venas.

Él volvió a llenarse los pulmones de aire antes de hablar.

—En realidad... no —reveló, apagando de forma súbita la alegría de la chica—. Estoy aquí porque a última hora acepté venderles algunos postres a los organizadores de la fiesta. No es un servicio que tengo pensado ofrecer este año, mucho menos, estos días en que estamos hasta el tope y me falta personal para cubrir todas las demandas, pero eran la única excusa que tenía a la mano para verte. —Esa última explicación la llenó de esperanzas y estuvo a punto de hacerla llorar por la dicha—. Aunque dije que te daría el tiempo que necesitabas, me desesperé. ¿Me perdonas?

Ella soltó toda la tensión que tenía acumulada en el pecho en un resoplido y sus labios se estiraron en una sonrisa por la sobredosis de felicidad que la embargaba, pero tuvo que pestañear varias veces para aguantar las lágrimas de emoción. No quería llorar y hacer el ridículo en medio de sus compañeros de trabajo.

Él se apresuró por socorrerla al percibir su estado.

—¿Quieres que salgamos un minuto?

—Sí... por favor...

Ethan la llevó a la terraza de un balcón cercano y se quitó la chaqueta del traje para cubrir los hombros de ella.

—Te morirás de frío —se quejó ella al notar que en el exterior la temperatura era muy baja.

—Estoy ardiendo por dentro, corazón. Eso será imposible. —Él se detuvo frente a ella y acarició con ternura su rostro, conmoviéndose por su mirada dulce y triste—. Quiero borrar la tristeza de tus ojos —dijo, muy cerca de los labios de ella.

—Ethan, por favor.

—¿No quieres que lo intente?

Jessie suspiró, ansiosa por decirle la verdad que palpitaba en su corazón.

—Claro que lo quiero. Pero..., ¿estás dispuesto a lidiar con mis conflictos internos? Son muchos, te lo advierto —bromeó, arrancando una sonrisa en él.

—¿Y qué te hace pensar que eres la única problemática en Brooklyn? —rebatía él, cumpliendo con su sueño de encerrarle el rostro entre las manos y acariciar sus mejillas con los pulgares. Solo le faltaba probar sus labios y estaba dispuesto a hacerlo esa misma noche, así tuviera que soportar el frío implacable—. Cuando conozcas mis conflictos y la particular familia que poseo, serás tú quien se asuste.

—No creo que tu familia sea más particular que la mía.

—Ya te lo dije, no te creas única —aseguró, tomándola con mayor firmeza y aproximándola a su rostro—. En realidad, sí eres única, pero para mí.

Jessie tuvo que cerrar los ojos al experimentar un oleaje de placer en su interior por esas palabras.

—Estás loco —gimió, estremeciéndolo.

—Déjame intentar hacerte feliz.

La sonrisa de la chica creció por la felicidad mientras asentía.

—Lo estás haciendo muy bien.

Ethan experimentó un sentimiento de triunfo tan poderoso que por un momento no supo qué hacer. Pensó que ella se negaría por mucho más tiempo, que lo obligaría a retorcerse de dolor por su rechazo en el momento en que más la necesitaba, porque en realidad tenía miedo, mucho miedo de fracasar en su trabajo, y no ser capaz de llevar a buen término todas las metas que se había propuesto.

Pero Jessie le regalaba un sí que lo hacía sentirse vigoroso y hacía crecer su determinación. Sin tardarse más, la besó, saboreando sus labios con los suyos, mordiéndolos con sutileza y paladeando su boca con su lengua como lo había soñado en muchas ocasiones.

Realmente era adictiva, mucho más de lo que podían ser los pasteles que tan bien se vendían en su cafetería. Su sabor dulce y embriagante encendía aún más las llamas en su interior y lo hacía arder en su propio fuego.

La abrazó con fuerza, sintiendo a su ropa fría aunque captando el calor que transmitía su cuerpo.

Al detener el beso, notó que estaba nevando, y que ambos estaban siendo bañados por diminutos copos blancos.

—Mejor entremos, o moriremos congelados —propuso. Ella solo pudo reír mostrando su acuerdo. Estaba demasiado feliz para hablar.

Ethan la llevó adentro, donde pudieron mantenerse calientes mientras compartían una charla amena y un baile relajante. En unas horas sería Navidad, pero ya ellos habían recibido su milagro particular.

Sus miradas permanecieron unidas obsequiándose a sí mismos toda la noche, manteniendo activo el fuego que los devoraba y amenazaba con volverse demoledor.

Una oportunidad era lo que esperaban y no la desaprovecharían...

Feliz Navidad.

## ¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta corta y romántica historia, te invito a dejar tu comentario en Amazon y leer las otras novelas de mi catálogo, donde encontrarás suspenso romántico, drama, romance histórico, comedia, new adult, chick lit y fantasía romántica.

Sigue mis redes sociales y no pierdas ninguna novedad:

**Twitter:** [@jonaira16](https://twitter.com/jonaira16)

**Instagram:** [@jonairacampagnuolo](https://www.instagram.com/jonairacampagnuolo)

**Facebook:** [Jonaira Campagnuolo Autor](https://www.facebook.com/Jonaira-Campagnuolo-Autor)

## **SOBRE LA AUTORA**

**Jonaira Campagnuolo**, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a administrar su blog de literatura **DESDE MI CALDERO** (<http://desdemicaldero.blogspot.com>) y a escribir a tiempo completo.

Conoce otras obras de romance escritas por la autora, y publicadas en Amazon.